



Un siglo de diplomacia cultural española: de la Junta para Ampliación de Estudios al Instituto Cervantes

Lorenzo Delgado Gómez-Escalonilla

Documento de Trabajo 12/2014 | 9 de octubre de 2014

Un siglo de diplomacia cultural española: de la Junta para Ampliación de Estudios al Instituto Cervantes

Lorenzo Delgado Gómez-Escalonilla | Instituto de Historia, CCHS-CSIC.

Resumen

El peso internacional de España en este nuevo siglo radica en parte en poner en valor un conjunto de recursos que hasta el momento no han explorado todas sus posibilidades, entre los cuales tanto su lengua como su patrimonio histórico-cultural ocupan un lugar de primer orden. Al mismo tiempo, para extraer el máximo partido de esos recursos ha de procurarse que sean canalizados de forma eficiente, articulando una diplomacia pública ágil, coordinada y flexible que sea capaz de aglutinar a los organismos públicos y las empresas culturales privadas. Una diplomacia pública que asuma, además, que su principal baza exterior deriva del espacio cultural que comparte con las naciones americanas, por lo que sería recomendable favorecer dinámicas de colaboración con los países que tienen intereses similares.

Introducción

“España es una potencia en potencia”, “el idioma español es nuestro petróleo”: ambas afirmaciones u otras análogas se han empleado a menudo para referirse a las capacidades insuficientemente desarrolladas de la cultura como un instrumento para favorecer un mayor protagonismo internacional de España. Durante la época contemporánea nuestro país ha tenido un papel generalmente secundario en los asuntos mundiales. Las últimas décadas del siglo XX fueron decisivas en la recuperación de un perfil internacional más activo, sustentado en un notable crecimiento económico y en un exitoso proceso de transición democrática. Pero lo cierto es que España, a pesar del evidente progreso experimentado, es incapaz de rivalizar en Europa con las naciones de primera fila que perfilaron, en positivo y en negativo, la suerte del continente desde el salto de la revolución industrial a la implantación de la sociedad burguesa y los regímenes políticos democráticos.

El peso internacional del país en este nuevo siglo radica en parte en poner en valor un conjunto de recursos que hasta el momento no han explorado todas sus posibilidades, entre los cuales tanto su lengua como su patrimonio histórico-cultural ocupan un lugar de primer orden. Al mismo tiempo, para extraer el máximo partido de esos recursos ha de procurarse que sean canalizados de forma eficiente, articulando una diplomacia pública ágil, coordinada y flexible que sea capaz de aglutinar a los organismos públicos y las empresas culturales privadas. Una diplomacia pública que asuma, además, que su principal baza exterior deriva del espacio cultural que comparte con las naciones americanas, por lo que sería recomendable favorecer dinámicas de colaboración con los países que tienen intereses similares. En las páginas que siguen se tratará de hacer un balance de las

principales claves de la trayectoria española en este ámbito de su proyección internacional, que ya cubre en torno a un siglo.

Intelectuales, europeización, hispano-americanismo

La España de fines del siglo XIX continuaba siendo un país rural, atrasado con respecto a las naciones de la Europa desarrollada de la época. Se advertían síntomas de un proceso de modernización emergente (focos de industrialización y crecimiento urbano), pero la crisis finisecular los ocultó bajo la pantalla de la culminación de la decadencia nacional. La derrota militar frente a EEUU en 1898 acentuó la imagen de España como “país mortecino”, territorio fronterizo y marginal hasta cierto punto a las corrientes políticas, económicas y culturales que recorrían el continente europeo. En aquella coyuntura, la elite política era acusada de incompetencia e inmoralidad, se la hacía responsable de un sistema de gobierno que condenaba al país al atraso y la periferia internacional.

Fue entonces cuando la corriente de crítica a ese sistema fue dotando de visibilidad a los intelectuales, como grupo con cierto predicamento sobre la opinión pública.¹ Escritores y periodistas en un primer momento, más tarde también profesores de universidad, científicos y otros profesionales liberales. Su composición era dispar, al igual que su público, no muy numeroso todavía. En la coyuntura finisecular alzaron su grito de protesta, acusación o lamento frente al Estado incapaz y sus testafierros. Sus manifestaciones de un nacionalismo dolorido pretendían ser la conciencia de la multitud, aunque las expresaran más como desahogo individual que con ánimo de representar a la colectividad. Sus ámbitos de sociabilidad eran las tertulias y las redacciones de los periódicos, sin llegar todavía a comprometerse en empresas comunes, de índole cultural o política.

La pérdida de las últimas colonias ultramarinas provocó en España lo que ha sido calificado como un examen de conciencia nacional, aunque la reacción noventayochista fue eminentemente ética y moral, no política, con un alcance limitado, como limitada era la audiencia de los escritores y artistas que adquirirían el rango de intelectuales.² Habría que esperar a una generación posterior, la de 1914, para que esas inquietudes individuales adoptaran forma de proyectos colectivos.³

¹ Para mayor información sobre ese fenómeno resultan muy útiles las síntesis de Santos Juliá (1988), “La aparición de ‘los intelectuales’ en España”, *Claves de razón práctica*, nº 86, pp. 2-10; y Carlos Serrano (2000), “El ‘nacimiento de los intelectuales’: algunos replanteamientos”, en el dossier sobre *El nacimiento de los intelectuales en España*, *Ayer*, nº 40, pp. 11-23. Véanse también los primeros capítulos de la obra de Santos Juliá (2004), *Historias de las dos Españas*, Taurus, Madrid; y Paul Aubert (1996), *Les intellectuels espagnols et la politique dans le premier tiers du XX siècle*, ANRT, Lille (*Thèse de Doctorat d’État*).

² Vicente Cacho Viu (1997), *Repensar el 98*, Biblioteca Nueva, Madrid.

³ Sobre esa materia existe una nutrida bibliografía. Véanse las obras de Eric Storm (2001), *La perspectiva del progreso. Pensamiento político en la España del cambio de siglo (1890-1914)*, Biblioteca Nueva, Madrid; y Juan C. Sánchez Illán (2002), *La nación inacabada. Los intelectuales y el proceso de construcción nacional (1900-1914)*, Biblioteca Nueva, Madrid; junto a los artículos actualizados incluidos en el dossier sobre *La Gran Guerra de los intelectuales: España en Europa*, *Ayer*, nº 91, 2013, en especial los textos de Maximiliano Fuentes Codera, “Germanófilos y neutralistas: proyectos tradicionalistas y regeneracionistas para España (1914-1918)”, pp. 63-92; y Santos Juliá, “La nueva generación: de neutrales a antigermanófilos pasando por aliadófilos”, pp. 121-144.

Pese a ello, sí se empezaron a apreciar ya diversas consecuencias sobre el panorama cultural. Entre las críticas formuladas por entonces se identificaba como una de las causas del atraso nacional al lamentable estado de la enseñanza y la investigación. Para intentar paliarlo se tomaron algunas medidas, como la creación en 1900 del Ministerio de Instrucción Pública, que debía poner en marcha la reforma educativa. En lo sucesivo se ocupó de los presupuestos para establecer centros de enseñanza y pagar a los maestros, mejorándose el índice de alfabetización en las décadas posteriores. Simultáneamente, comenzaron a sentarse las bases para promover una “apertura de horizontes” que sacase al país de su atonía.

Desde principios del siglo XX, Europa y modernización fueron conceptos estrechamente asociados para los medios culturales españoles más avanzados. La voluntad de aproximarse a los parámetros de los países desarrollados de Europa no era un fenómeno nuevo, estuvo presente desde la segunda mitad del siglo XIX en el núcleo de profesores universitarios que constituyeron la Institución Libre de Enseñanza. Pero hubo que esperar al siglo XX para que el Estado tomase la iniciativa de impulsar la convergencia científica y cultural con Europa. El ejemplo de Santiago Ramón y Cajal, Premio Nobel en 1906, sirvió de acicate en esa dirección. Al año siguiente se creó la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (JAE), cuya misión consistía en acabar con la “segregación intelectual de Europa” que había denunciado Ramón y Cajal.⁴

La JAE se convirtió en plataforma de los sectores intelectuales que asociaban Europa a modernización, y que situaban la educación, la ciencia y la cultura como los elementos dinamizadores que harían posible la progresiva homologación europea. El eco que alcanzó en las décadas siguientes el impulso de esos círculos “institucionistas” estuvo vinculado con la necesidad de acometer una transformación del país, que lo colocase en la estela de las principales naciones europeas. Desde su perspectiva se carecía de unos dirigentes adecuados, lo que impedía extraer lo mejor de las potencialidades nacionales. La minoría intelectual debía aportar su ejemplo, luchar contra la inercia del pueblo, constituir el fermento de una nueva conciencia colectiva. Para ello, debía fomentarse la reforma educativa, el progreso científico, el desarrollo económico y la apertura política, con las miras puestas en construir un país moderno, culto, tolerante y dinámico, superando así el corsé oligárquico, atrasado y clerical de entonces.⁵

⁴ Juan Marichal (1988), “La europeización de España (1898-1936)”, *Sistema*, nº 86-87, pp. 53-60.

⁵ Francisco Villacorta (1993), “Les espagnols et le défi européen au XX^e siècle”, en René Girault (dir.), *Les Europe des européens*, Publications de la Sorbonne, París, pp. 27-41; Antonio Niño Rodríguez (2007), “El protagonismo de los intelectuales en los proyectos de reforma educativa y modernización cultural”, en *Modernizar España. Proyectos de reforma y apertura internacional (1898-1914)*, Biblioteca Nueva, Madrid, pp. 199 y ss.

Aquellos intelectuales aspiraban a actuar como vanguardia de tal proceso pues eran ellos quienes mantenían un contacto frecuente con universidades y centros extranjeros, de manera que se sentían llamados a reanimar a un pueblo aletargado por la incapacidad de sus dirigentes, a ejercer un liderazgo moral y definir una nueva orientación política. En suma, había que impregnar al cuerpo social del espíritu de la minoría intelectual concienciada. Para lograrlo, se necesitaba una empresa exterior, un proyecto común, que aglutinase las energías del país y superase su tendencia a la invertebración y al localismo: la sincronía con Europa, a la que se asociaba con ciencia y cultura, modernidad y progreso.

El primer paso consistió en enviar como pensionados a profesores, maestros, estudiantes y obreros para que perfeccionasen sus conocimientos en universidades y centros de investigación extranjeros. Los pensionados se convertirían después en germen de la renovación educativa que necesitaba el país para superar su atraso, en propulsores de la sincronía cultural con Europa.⁶ Se trataba, en definitiva, de formar una elite intelectual que guiase al país por la senda liberal y reformista identificada con la sociedad europea, que fuese capaz de “vivir con la mente en Europa y el corazón en España”.⁷

Pese a sus limitaciones, esa corriente ligada a la modernización y la europeización fue el movimiento cultural más fecundo de cuantos engendraron las elites intelectuales en las primeras décadas del siglo XX. Cuando pensaban en Europa, en realidad, la asociaban básicamente a tres países. Tras su influencia dominante en el siglo XIX, Francia continuaba impregnando la teoría política, la organización administrativa, el sistema educativo y el mundo cultural. La propia figura de los intelectuales, como categoría socio-política comprometida con el porvenir de la nación, tenía raíces francesas –*affaire Dreyfus*–. De Alemania se admiraba su escuela que había dado cohesión a los territorios de la emergente nación, junto a su vocación científica y técnica que la había convertido en la primera potencia industrial europea. Por último, en Gran Bretaña se apreciaba la vitalidad de su sociedad civil, la capacidad para el autogobierno de sus instituciones, además de su dinamismo económico.

Entre 1910 y 1934 el porcentaje de pensionados de la JAE que se dirigieron hacia países europeos fue del 95%, cifra de por sí bastante elocuente, con la particularidad añadida de que algo más del 50% acudieron a Francia (29,1%) y Alemania (22,1%). También se establecieron a iniciativa o con el apoyo de la Junta

⁶ Antonio Niño Rodríguez (2001), “La europeización a través de la política científica y cultural en el primer tercio del siglo XX”, en *Europa-España, en la perspectiva del siglo XX*, monográfico de *Arbor*, nº 669, pp. 95-126. Junto a la labor realizada por la JAE, también existió una preocupación por mejorar la formación técnico-profesional incorporando conocimientos y métodos de vanguardia experimentados en otros países. Véase Francisco Villacorta Baños (2012), *La regeneración técnica. La Junta de Pensiones de ingenieros y obreros en el extranjero (1910-1936)*, CSIC, Madrid. “La Junta de Pensiones de Ingenieros y Obreros en el Extranjero 1907-1936”, pp. 127-146.

⁷ Federico de Onís (1932), *Ensayos sobre el sentido de la cultura española*, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, Madrid, p. 106.

varios centros y entidades destinados a favorecer las relaciones culturales con los países europeos: la Escuela Española de Arqueología e Historia en Roma, el *Comité de Rapprochement Franco-Espagnol* y el Comité Hispano-Inglés.⁸

Los resultados de la labor de la JAE fueron muy notables desde el punto de vista científico, y la homologación con Europa empezó a ser una realidad en disciplinas como las ciencias biomédicas, la física, las matemáticas, la química, la filosofía y la filología. Su mayor mérito fue constituir una serie de focos de actividad científica y cultural a la altura de sus colegas europeos, con la fundación de un conjunto de instituciones de reconocido prestigio –el Centro de Estudios Históricos, el Instituto Nacional de Ciencias Físico-Naturales, la Asociación de Laboratorios, el Instituto-Escuela y la Residencia de Estudiantes–. Su limitación más importante fue la incapacidad para trasladar esas aportaciones a las Universidades españolas, que la vieron con frecuencia con una mezcla de rivalidad y envidia, y que le reprochaban la obtención de recursos económicos que les eran detraídos a ellas. Les faltó pues la incidencia colectiva capaz de generar un efecto multiplicador.⁹

Si para buena parte de esos grupos intelectuales el desafío de incorporar a España al tren de la modernidad y el progreso pasaba por la europeización del país, la referencia americana jugaba también un importante papel. España necesitaba a América para superar su estado de postración, como un espacio alternativo de afirmación y expansión, sobre todo cultural y en menor medida económica. Resignarse exclusivamente a la dimensión europea implicaba la aceptación de una posición supeditada a los intereses de las potencias hegemónicas continentales. La dimensión americana se concebía como un estímulo para la modernización que en este caso se asociaba a la vitalidad y recursos naturales aún por explotar de la región, suponía una apuesta por el futuro sin renunciar al pasado, un terreno donde encontrar afinidades en el proceso reformista, un espacio donde dotarle de un alcance supranacional al aportar un valor añadido a su proyección europea.¹⁰

⁸ Sobre las actividades de la JAE véase Francisco Laporta, Alfonso Ruiz Miguel, Virgilio Zapatero y Javier Solana (1987), “Los orígenes culturales de la Junta para Ampliación de Estudios”, y “Los orígenes culturales de la Junta para Ampliación de Estudios (2ª parte)”, ambos en *Arbor*, nº 493 y 499-500, pp. 17-87 y 9-137, respectivamente; José María Sánchez Ron (coord.) (1988), *1907-1987. La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas 80 años después*, CSIC, Madrid, 2 vols.; Miguel A. Puig-Samper Mulero (ed.) (2007), *Tiempos de investigación: JAE-CSIC, cien años de ciencia en España*, CSIC, Madrid.

⁹ José Luis Peset y Elena Hernández Sandoica (1994), “Instituciones científicas y educativas”, en *La Edad de Plata de la cultura española (1898-1936). Letras. Ciencia. Arte. Sociedad y Cultura*, t. XXXIX, vol. II de la *Historia de España Menéndez Pidal*, Espasa-Calpe, Madrid, pp. 545-580.

¹⁰ Véase Antonio Niño Rodríguez (1993), “Hispanoamericanismo, regeneración y defensa del prestigio nacional (1898-1931)”, en *España/América Latina: un siglo de políticas culturales*, AIETI/Síntesis-OEI, Madrid, pp. 15-48; Lorenzo Delgado Gómez-Escalonilla (2002), “América como estímulo: regeneración nacional y tierra de oportunidades”, en *España e Italia en la Europa contemporánea: desde finales del siglo XIX a las dictaduras*, CSIC, Madrid, pp. 455-475.

Para hacer viable esa aspiración había que restablecer los nexos comunes, la conciencia colectiva hispánica. La cultura compartida y una aproximación por la vía de la educación constituían los instrumentos para avanzar en el terreno de la reconciliación hispánica. Los intelectuales debían trabajar en esa dirección, favoreciendo la creación de un sentimiento asociativo en el seno de las sociedades, que se impusiera a la indiferencia de los gobiernos. Por otro lado, si se consideraba que la historia era la forja del espíritu de los ciudadanos, América tenía un valor inapreciable para el ejercicio de reconstrucción de una memoria colectiva no lastrada por la imagen del fracaso sino asentada sobre la asimilación positiva de la experiencia histórica común, que abriese nuevos caminos de interlocución en el futuro y diese la réplica al estereotipo negativo de “lo español”. La lucha contra la “leyenda negra”, la defensa de la colonización española en su dimensión global y comparativa, resultaban trascendentales en ese ajuste de cuentas con el pasado.¹¹

Finalmente, América era también el suplemento exterior que, debidamente promocionado, contribuiría a que España fuese algo más que un país periférico y relativamente apartado dentro del panorama europeo. El afán de erigirse en portavoz de un conjunto territorial mucho más amplio, con mayores capacidades y recursos, siempre estuvo presente, aunque de forma atenuada, como plataforma para alcanzar una mayor influencia internacional.

La apelación a América, desde la óptica española, se refería básicamente a las naciones que habían formado parte de su imperio en los siglos pasados. EEUU quedaba fuera de ese círculo de afinidad sustentado en la historia y la lengua compartidas –factores a los que se agregaba también la religión para el sector más conservador de ese movimiento hispano-americanista de comienzos de siglo—. Sin embargo, la nación norteamericana tampoco estuvo ausente de aquel proyecto de apertura de horizontes emprendido en las décadas iniciales del siglo XX. Su eventual aportación era sobre todo pragmática y afectaba al campo científico-tecnológico, al considerar que en sus laboratorios y empresas se experimentaban fórmulas que podían resultar útiles en el futuro inmediato.

Al igual que en lo relativo a la europeización, la corriente liberal tuvo una mayor iniciativa en este ámbito, si bien hay que señalar también la existencia de otra corriente paralela, a veces incluso superpuesta, de tendencia conservadora. Ambas corrientes compartían los planteamientos sobre el resurgimiento del país con el aporte americano, pero diferían en las claves del reencuentro.¹² La búsqueda de

¹¹ Una labor fundamental en ese sentido fue desarrollada por Rafael Altamira, en obras como *Historia de España y de la civilización española*, Juan Gili, Barcelona, 1900-1911, 4 vols., e *Historia de la civilización española*, Manuales Soler XXIX, Barcelona, 1902 (reedición con estudio preliminar de Rafael Asín Vergara en, Crítica, Barcelona, 1988). Sobre la revisión histórica emprendida para reformular los principios del nacionalismo español véase Juan Sisinio Pérez Garzón (2000), “La creación de la historia de España”, en *La gestión de la memoria. La historia de España al servicio del poder*, Crítica, Barcelona, pp. 95 y ss.

¹² La variedad de manifestaciones de aquellos medios intelectuales puede apreciarse en algunos de los estudios ya citados, junto a los trabajos de Fredrick B. Pike (1971), *Hispanismo 1898-1936. Spanish conservatives and liberals and their relations with Spanish America*, University of Notre Dame Press, Notre Dame-Indiana; José Carlos

una tradición específicamente española segregada del proceso de modernización de otras sociedades occidentales, su apego al catolicismo frente al liberalismo, constituían dos de las principales señas de diferenciación de esta corriente conservadora. América aparecía identificada con la grandeza histórica, con la misión religiosa de España en el mundo, con la añoranza de un pasado de resonancias míticas, cuya versión más elaborada se propagó a partir de los años 30 con la doctrina de la Hispanidad.

La sociedad civil se adelantó a la iniciativa oficial en el estrechamiento de los lazos transatlánticos. Aunque existió una variedad de registros en su seno, los principales impulsores de ese movimiento fueron de nuevo núcleos intelectuales de cuño "institucionista", que desplegaron sus actividades desde la Universidad de Oviedo, el Museo Pedagógico Nacional o la JAE, en colaboración con las Instituciones Culturales creadas en América Latina por los emigrantes españoles. A ellos se sumó la contribución de los medios de negocios catalanes que fundaron en 1910 la Casa de América en Barcelona, junto a la aportación de algunas asociaciones entre las que destacó la Unión Iberoamericana.¹³ En su vertiente norteamericana, la JAE favoreció asimismo la creación del Instituto de las Españas en Nueva York y puso en marcha una corriente de cooperación que permitió a jóvenes científicos españoles ampliar sus conocimientos en ciencias de laboratorio y tecnologías aplicadas en el país americano, en contrapartida a la formación de profesores de español para hacer frente a la creciente demanda existente en las universidades estadounidenses.¹⁴ Además, también se obtuvo el respaldo de Fundación Rockefeller para el desarrollo científico y sanitario español.¹⁵

Maineré (1977), "Un capítulo regeneracionista: el hispanoamericanismo (1892-1923)", en *Ideología y sociedad en la España contemporánea. Por un análisis del franquismo*, Edicusa, Madrid, pp. 149-203; Tulio Halperín Donghi (1987), "España e Hispanoamérica: miradas a través del Atlántico", en *El espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, pp. 65-110; Nuria Tabanera (1997), "El horizonte americano en el imaginario español, 1898-1930", *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol. 8/2, pp. 67-87; Isidro Sepúlveda Muñoz (2005), *El sueño de la madre patria. Hispanoamericanismo y nacionalismo*, Marcial Pons-Fundación Carolina, Madrid; y David Marciilhacy (2010), *Raza hispana. Hispanoamericanismo e imaginario nacional en la España de la Restauración*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid.

¹³ Véase Isidro Sepúlveda (1994), *Comunidad cultural e hispano-americanismo*, UNED, Madrid; Gabriella dalla Corte (2005), *Casa de América de Barcelona (1911-1947). Comillas, Cambó, Gili, Torres y mil empresarios en una agencia de información e influencia internacional*, Editorial LID, Madrid; Consuelo Naranjo Orovio (coord.) (2007), *La Junta para Ampliación de Estudios y América Latina: memoria, políticas y acción cultural (1907-1939)*, monográfico de la *Revista de Indias*, nº 239; y Gustavo H. Prado (2008), *Rafael Altamira (1909-1910). Historia e Historiografía del proyecto americanista de la Universidad de Oviedo*, CSIC, Madrid.

¹⁴ Antonio Niño Rodríguez (2005), "Las relaciones culturales como punto de reencuentro hispano-estadounidense", en *España y Estados Unidos en el siglo XX*, CSIC, Madrid, pp. 57-94; Justo Formentín y M^a José Villegas (1992), *Relaciones culturales entre España y América: La Junta para Ampliación de Estudios (1907-1936)*, Mapfre, Madrid; Consuelo Naranjo, M^a Dolores Luque y Miguel A. Puig-Samper (2002), *Los lazos de la cultura. El Centro de Estudios Históricos de Madrid y la Universidad de Puerto Rico, 1916-1939*, CSIC, Madrid.

¹⁵ E. Rodríguez Ocaña, J. Bernabeu Mestre y J.L. Barona (1998), "La Fundación Rockefeller y España, 1914-1936. Un acuerdo para la modernización científica y sanitaria", en *Estudios de historia de las técnicas, la arqueología industrial y las ciencias*, Junta de Castilla y León, Salamanca, vol. 2, pp. 531-539; Esteban Rodríguez Ocaña (2000), "Foreign Expertise, Political Pragmatism and Professional Elite: The Rockefeller Foundation in Spain, 1919-39", *Stud. Hist. Phil. Biol. and Biomed. Sci.*, nº 3, XXXI, pp. 447-461; Thomas F. Glick (2005), "Dictating to the Dictator: August Trowbridge, the Rockefeller Foundation, and the support of Physics in Spain, 1923-1927", *Minerva*,

Alentar la “vitalidad hispánica dispersa por el mundo”

Ambas facetas, europea y americana, tendieron a converger poco después en la gestación de los primeros organismos dedicados a la proyección hacia el exterior de la cultura española. Francia y Alemania habían sido los países pioneros en el establecimiento de servicios oficiales encargados de la exportación de su cultura más allá de sus fronteras. Su creación se remonta a finales del siglo XIX, integrados normalmente en el seno de los aparatos diplomáticos y dedicados a materias como la enseñanza, el arte o la arqueología, en un proceso de paulatina adopción de nuevas competencias que prosiguió en las primeras décadas del siglo posterior. Sus efectos se apreciaron en el transcurso de la I Guerra Mundial con el empleo de la propaganda cultural como medio de atracción de la opinión pública de los países neutrales. En el caso español la iniciativa resultó más tardía y se inscribió en lo que vino a ser una segunda oleada de países que tomaron medidas en ese sentido en los primeros años del período de entreguerras. En ese grupo también se encontraban la Unión Soviética e Italia. Ya en los años 30, EEUU, Gran Bretaña y Japón se unirían al conjunto de países que contaban con una política cultural exterior, con grados de elaboración y alcance dispares en cada uno de los casos mencionados.¹⁶

En España la propuesta de establecer una incipiente estructura en el Ministerio de Estado que se ocupase de tales asuntos partió una vez más de los círculos intelectuales comprometidos en la apertura del país hacia el exterior. Su promotor fue el profesor Américo Castro, catedrático de Historia de la Lengua de la Universidad Central y vinculado al Centro de Estudios Históricos (CEH). En su opinión había que dar la réplica a la imagen de España “como un país mortecino, incapaz hasta de estudiarse a sí mismo, y que para la cultura internacional no tenía más valor que el de ser un museo arqueológico de inmenso precio”.¹⁷ La nueva pujanza cultural que España venía experimentando desde comienzos de siglo, unida al valor de su legado histórico y a la considerable extensión de su idioma en el mundo, representaban un recurso de primer orden para el relanzamiento exterior del país.¹⁸

nº 43, pp. 121-145.

¹⁶ Louis Dollot (1964), *Les relations culturelles internationales*, PUF, París; Anthony Haigh (1974), *La diplomatie culturelle en Europe*, Conseil de l'Europe, Estrasburgo; Pierre Milza (1980), “Culture et relations internationales”, *Relations internationales*, nº 24, pp. 361-379; John M. Mitchell (1986), *International Cultural Relations*, Allen and Unwin, Londres; Lorenzo Delgado Gómez-Escalonilla (1994), “El factor cultural en las relaciones internacionales: una aproximación a su análisis histórico”, *Hispania*, nº 186, pp. 257-278; Akira Iriye (1997), *Cultural Internationalism and World Order*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore; François Chaubet y Laurent Martin (2011), *Histoire des relations culturelles dans le monde contemporain*, Armand Colin, París.

¹⁷ “Nota confidencial al Sr. González Hontoria (Ministro de Estado) sobre el problema de la difusión de la Cultura Hispánica en el Extranjero”, IX-1921. Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores y Cooperación-Madrid (en adelante AMAEC), R-1380/26.

¹⁸ Lorenzo Delgado Gómez-Escalonilla (1992), *Imperio de papel. Acción cultural y política exterior durante el primer franquismo*, CSIC, Madrid, pp. 9-33; y del mismo autor (1994), “De la regeneración intelectual a la legitimación ideológica: la política cultural exterior de España (1921-1945)”, *Spagna contemporanea*, nº 6, pp. 51-71; Antonio Niño Rodríguez (2001), “Orígenes y despliegue de la política cultural”, en *L'Espagne, la France et l'Amérique latine. Politiques culturelles, propagandes et relations internationales, XXe siècle*, L'Harmattan, París,

En opinión de Castro había que corresponder al interés que el estudio y conocimiento de la lengua y literatura españolas suscitaban en el hispanismo internacional. Por entonces, el rápido crecimiento del hispanismo y la expansión de la enseñanza del castellano habían generado una demanda de formación de profesores en el extranjero. La respuesta a esa demanda había consistido en la organización de cursos sobre lengua y literatura españolas para profesores y estudiantes de otros países, impartidos por investigadores del CEH desde 1912; en el envío limitado de profesores españoles a diversos centros europeos, norteamericanos y de Extremo Oriente; y en el establecimiento del Instituto de las Españas de Nueva York, que promovió la enseñanza del castellano y el envío de profesores auxiliares y lectores a las universidades norteamericanas. La labor desarrollada por Ramón Menéndez Pidal y los integrantes del CEH habían hecho posible que España adquiriese un protagonismo central en dicho terreno. Pero había que darle mayor amplitud para alentar lo que Castro denominaba “la vitalidad hispánica dispersa por el mundo”, que vendría a agrupar: los intercambios culturales, artísticos y científicos con los países de América del Sur; las colonias de emigrantes en diversos países; el mantenimiento del español en territorios de EEUU, Puerto Rico y Filipinas, o su recuperación entre las comunidades sefardíes de diversos puntos de los Balcanes y el norte de África.

El modelo a seguir era la acción desplegada por Francia, a través de la *Alliance Française*, la *Alliance Israélite*, sus Institutos y liceos, etc., una red tejida a partir del buen hacer del *Office des œuvres françaises à l'Étranger* y el *Office des Universités françaises à l'Étranger*. Para el profesor español, tratar de emular ese despliegue organizativo era “un sueño”, pero se podía constituir “un modesto organismo que con suma prudencia sentara los cimientos de la obra [...], podría establecerse con carácter oficial en el Ministerio una Oficina, con amplia autonomía, que comenzara a informarse de cómo están las cosas”. Esa Oficina debería “ponerse en relación con la Junta (JAE), para no duplicar esfuerzos, y entablar una íntima conexión con el Instituto de las Españas”. La relación con el Ministerio de Estado vendría a ser parecida a la que mantenía la JAE respecto al Ministerio de Instrucción Pública.

Así quedó plasmado el diseño embrionario de una política cultural exterior, al tiempo que se planteaba la fundación de un servicio oficial adscrito al aparato diplomático para ocuparse de su aplicación. Los requisitos para su puesta en marcha consistían en una modesta estructura organizativa, una cuidadosa selección del personal y un respaldo oficial pero con amplio margen de autonomía. El objetivo último consistía en articular el frente interior y exterior, de forma que la renovación intelectual y científica que venía produciéndose en el interior del país se acompañase con la expansión cultural y reforzara la presencia internacional española.

En noviembre de 1921 la propuesta de Américo Castro motivó la creación, “con carácter provisional y a título de ensayo”, de la Oficina de Relaciones Culturales Españolas (ORCE), encuadrada bajo la dependencia de la Sección de Política del Ministerio de Estado. Su cometido sería la “difusión del idioma castellano y la defensa y la expansión de la cultura española en el extranjero”. En los meses siguientes los integrantes de la ORCE se dedicaron a recabar información de las embajadas y consulados españoles, y a redactar informes sobre diversas materias concernientes a las líneas de actuación previstas: el fomento del hispanismo de otros países para impulsar el conocimiento de la lengua y la cultura españolas; la atención hacia la emigración y los núcleos de población hispano-parlantes diseminados por el mundo; junto a la intensificación de los vínculos con las repúblicas hispanoamericanas. Simultáneamente, organizaron la donación y envío de libros a varias bibliotecas españolas en el extranjero; animaron la fundación de escuelas españolas para los emigrantes en Francia y el norte de África; trataron de montar un Servicio de Informaciones Culturales; favorecieron la labor de las Instituciones culturales en América y el intercambio de profesores con los países de la región; se preocuparon por ampliar la red de lectorados españoles en universidades europeas; propusieron la constitución de un Instituto de cultura española en Florencia; hicieron llamamientos para atender la recuperación del español entre las colectividades sefardíes del próximo Oriente y en Filipinas, etc.

Para traducir a hechos todos aquellos proyectos resultaba preciso contar con un presupuesto propio, ya que originalmente no se había dotado de recursos a aquel servicio, a lo que se agregaban las demandas de actuar libremente y con plena responsabilidad como única forma de vencer las inercias administrativas. Sin embargo, ni las pretensiones de autonomía ni la solicitud de fondos encontraron la respuesta deseada. Los diplomáticos veían con recelo el protagonismo de aquellos intelectuales que privilegiaban los fines culturales sobre las dimensiones políticas en un campo que consideraban privativo, como todo cuanto afectaba a la actuación del país más allá de sus fronteras. Los responsables del Ministerio de Estado gustaban de apelar al incremento del prestigio español en el extranjero, pero siempre que no acarreará gastos a las arcas públicas. En el fondo, no tenían excesiva confianza en que la acción cultural constituyese un verdadero refuerzo de la política exterior, más allá de su eventual empleo como instrumento de propaganda internacional.

La instauración de la dictadura de Primo de Rivera, poco después, fue acompañada de la dimisión de los intelectuales que habían dado contenido a la ORCE. Los diplomáticos tomaron el control de la Oficina, readaptándose los informes elaborados previamente en un “Plan de expansión cultural y de propaganda política”. Su actuación prioritaria se orientaría en lo sucesivo a modificar la imagen existente de España como un “pueblo de clérigos y toreros, donde toda incultura y fanatismo tiene su natural asiento y cómoda habitación”, por otra de “nación en cuyos dominios intelectuales no se ha puesto todavía el sol”. Desde la óptica diplomática la acción cultural debía supeditarse a su utilidad político-

propagandística, como demostraba la propuesta de agrupar bajo una misma estructura a los servicios dedicados a promoción cultural e información política.¹⁹

La ORCE dejó paso en 1926 a una Junta de Relaciones Culturales (JRC), dotada de una pequeña subvención para el desarrollo de su labor y con una composición corporativa, acorde a los planteamientos de la dictadura. Su actuación consistió básicamente en otorgar subvenciones a las iniciativas propuestas por otras entidades, concentrándose sobre todo en medidas relacionadas con América Latina hacia dónde se canalizó una política de prestigio que también se vio respaldada por la construcción de la Ciudad Universitaria de Madrid –concebida como un futuro enclave cultural hispanoamericano–, o la celebración de la Exposición Iberoamericana de Sevilla en 1929. En cualquier caso, no tuvo una línea de acción definida sino que más bien fue a remolque de las circunstancias.

Tras el establecimiento de la II República, la JRC emprendió un programa de trabajo más sistemático, a la par que procuró coordinarse con la JAE.²⁰ La implantación del régimen republicano había sido respaldada por los sectores intelectuales partidarios de modernizar el país y abrirlo plenamente a las corrientes innovadoras del exterior, circunstancia que tuvo su reflejo en la adopción de una postura más decidida en el terreno de la política cultural y su proyección internacional. La atención hacia la enseñanza de los emigrantes fue una de las áreas más sensibles, en consonancia con el esfuerzo educativo emprendido en el interior del país y tratando de preservar sus señas de identidad lingüísticas y culturales. Se estableció una red docente que comprendía nueve escuelas españolas en Andorra y Portugal, y 21 clases de español en escuelas de Francia y Argelia, además de dotar a esas instalaciones de medios humanos y materiales suficientes para el ejercicio de su labor.²¹

También por entonces comenzaron a nombrarse Agregados culturales en el exterior, inicialmente en Francia, EEUU y Argentina. En todos los casos se trataba de profesores que simultaneaban su trabajo académico en centros del país

¹⁹ “Plan de expansión cultural y de propaganda política”, XII-1923. AMAEC, R-726/40. El autor de dicho plan y nuevo responsable de la ORCE, José A. de Sangróniz, publicó poco después una obra que sintetizaba su visión del cambio de orientación que debía producirse en la política cultural exterior: *Nuevas orientaciones para la política internacional de España. La expansión cultural de España en el extranjero y principalmente en Hispanoamérica*, Madrid-Ceuta, 1925.

²⁰ Lorenzo Delgado Gómez-Escalonilla (1995), “Las relaciones culturales de España en tiempo de crisis: de la II República a la Guerra Mundial”, en *España y la Segunda Guerra Mundial*, UNED-Colegio Libre de Eméritos, Madrid, pp. 259-294. El presidente de la JRC en esa nueva etapa fue Ramón Menéndez Pidal, con Blas Cabrera y Gregorio Maraón como vicepresidentes, e incorporando entre sus integrantes a otras figuras del mundo cultural como el propio Américo Castro.

²¹ Lorenzo Delgado y Antonio Niño (1993), “Emigración, enseñanza y nacionalidad en las relaciones hispano-francesas”, *Historia Contemporánea*, nº 10, pp. 51-101; Antonio Niño (2002), “Políticas de asimilación y de preservación de la nacionalidad de los emigrantes. Españoles en Francia, 1900-1936”, *Hispania*, nº 211, pp. 433-482. También se reguló por primera vez la convocatoria de plazas de maestros para esas escuelas y clases, a la par que se establecieron un conjunto de pautas pedagógicas que debían orientar su actividad –no en vano el secretario de la JRC era por entonces el pedagogo Lorenzo Luzuriaga.

respectivo con sus responsabilidades de índole diplomática. Además, se impulsaron los centros españoles de alta cultura en Europa: la Academia de Bellas Artes de Roma y el Colegio de España en la Ciudad Universitaria de París –inaugurado en 1935–, y se proyectó la apertura de otro Colegio de España en Londres –prevista para el invierno de 1936–. Se establecieron colonias internacionales de vacaciones para fomentar el intercambio de estudiantes con Francia, Alemania y Gran Bretaña. Se organizó una red de lectorados que ascendió a 30 plazas, concentradas en su casi totalidad en países europeos –con mayor presencia en Alemania, Italia, Francia y Gran Bretaña–. Por último, las subvenciones para centros académicos que se ocupaban de estudios hispánicos y para asociaciones que divulgaban la cultura española tuvieron asimismo como destino mayoritario entidades del viejo continente.²²

Junto a las medidas enunciadas que tuvieron en Europa su principal escenario, también se procuró estrechar los vínculos con los países del otro lado del Atlántico. Los dirigentes republicanos eran conscientes de la debilidad comercial y financiera del país, pero estaban convencidos de la existencia de una comunidad cultural hispanoamericana, por ello cimentaron su política sobre la cooperación en este ámbito.²³ En 1931 se fundó en Sevilla un Centro de Estudios de Historia de América. Algo más tarde, en respuesta a los debates parlamentarios suscitados sobre el tema, se acometió el diseño de un “Plan de Actuación Cultural en Hispanoamérica”, cuya responsabilidad correspondió a la JRC y para cuya aplicación se aprobó un crédito extraordinario de un millón de pesetas. Aquel plan cultural fue objeto de sucesivas reelaboraciones hasta quedar perfilado en la segunda mitad de 1933, mezclando actividades dirigidas a potenciar el americanismo científico y el intercambio intelectual con otras relacionadas con la cultura popular y destinadas a un público más amplio. Una de sus principales realizaciones fue la creación de la Sección de Estudios Hispanoamericanos en el CEH, que acometió una prolífica empresa de investigación y edición de obras históricas y lingüísticas sobre el acervo colectivo de los pueblos hispánicos, reediciones de crónicas antiguas y la publicación de la revista *Tierra Firme*.²⁴ Además, se organizaron y enviaron a América Latina siete bibliotecas de cultura superior y once bibliotecas populares, se preparó un proyecto para instalar depósitos de libros en la región que promovieran las exportaciones en este sector y se constituyó el Instituto del Libro Español.²⁵

²² Más información sobre ese conjunto de actividades en *Memoria correspondiente a los años 1931 a 1933 de la Junta de Relaciones Culturales*, Madrid, 1934, y *Memoria de la Junta de Relaciones Culturales correspondiente al año 1934*, Madrid, 1935. El estallido de la guerra civil impidió la publicación de la memoria de 1935, en curso de preparación.

²³ Antonio Niño Rodríguez (1992), “La II República y la expansión cultural en Hispanoamérica”, *Hispania*, nº 181, pp. 629-653; Delgado Gómez-Escalonilla, Lorenzo, *Imperio de papel...*, pp. 34-47 y 56-70; y Tabanera, “Institucionalización y fracaso del proyecto republicano (1931-1939)”, en *España/América Latina...*, pp. 49-90.

²⁴ Leoncio López-Ocón (1988), “La ruptura de una tradición americanista en el CSIC: la evanescencia de la revista *Tierra Firme*”, *Arbor*, nº 631-632, pp. 387-411.

²⁵ Ana Martínez Rus (2002), “La industria editorial española ante los mercados americanos del libro 1892-1936”,

A la altura de 1936 existía por fin una política cultural exterior por parte del Estado español. Su elaboración correspondió básicamente a los intelectuales reformistas de procedencia institucionista, que habían adquirido el protagonismo en la JRC desde el advenimiento de la II República. Como resultado se habían retomado algunos de los principales ejes de intervención sugeridos por la ORCE, con la puesta en marcha de un programa de acción que había extendido sensiblemente la influencia cultural española en el extranjero. Y ello a pesar de disponer de modestos recursos económicos para una obra de esa magnitud. La agudización de las tensiones sociales y los enfrentamientos políticos que se sucedieron durante aquellos años en España pusieron en peligro la continuidad de aquella empresa.

El estallido de la guerra civil ocasionó un serio retroceso, ya que trajo consigo el desmantelamiento de buena parte de la infraestructura en que se sustentaba. Pero fue más importante aún el hecho de que el conflicto interno, que acabó con la imposición de un régimen dictatorial, condenó al exilio o la depuración a una parte fundamental de los cuadros universitarios y científicos más dinámicos del país que habían impulsado la JAE y formado parte de la JRC, convencidos partidarios de la apertura de horizontes iniciada tiempo atrás.²⁶

La mayoría de los maestros, profesores y lectores destinados en el extranjero se colocaron del lado del gobierno legítimo, mientras que los diplomáticos que también se encargaban de estas cuestiones en la Sección de Relaciones Culturales del Ministerio de Estado se decantaron por la causa rebelde. A esa fragmentación habría que agregarle la que tuvo lugar como consecuencia de la propia división acaecida en el panorama internacional, según la actitud que tomaron los distintos países hacia cada uno de los beligerantes. Los efectos de todo ello sobre la acción cultural fueron evidentes, con la consiguiente merma en la capacidad de actuación de ambos bandos cuyas iniciativas, además, se supeditaron habitualmente a su

Hispania, nº 212, pp. 1021-1058; y de la misma (2003), *La política del libro durante la Segunda República*, Ediciones Trea, Gijón.

²⁶ México fue el país más receptivo hacia aquella diáspora intelectual. Véanse Clara E. Lida y José Antonio Matesanz (1993), *El Colegio de México: una hazaña cultural, 1940-1962*, El Colegio de México, México; Francisco Giral (1994), *La Ciencia española en el exilio (1939-1989). El exilio de los científicos españoles*, Anthropos, Barcelona; Gerardo Sánchez Díaz y Porfirio García de León (coords.) (2001), *Los científicos del exilio español en México*, Ed. Morelia-Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Morelia-Michoacán; José María Balcells y José Antonio Pérez Bowie (eds.) (2001), *El exilio cultural de la Guerra Civil (1936-1939)*, Universidad de Salamanca, Salamanca; y Agustín Sánchez Andrés y Silvia Figuro Zamudio (coords.) (2002), *De Madrid a México. El exilio español y su impacto sobre el pensamiento, la ciencia y el sistema educativo mexicano*, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo-Comunidad de Madrid, Morelia. Un reducido pero significativo grupo de aquellos profesores fueron acogidos por universidades norteamericanas, donde colaboraron en la renovación del hispanismo. Véanse Antonio Niño Rodríguez (2007), "El exilio intelectual republicano en los Estados Unidos", *Cuadernos de Historia Contemporánea*, vol. Extraordinario, pp. 229-244; y del mismo autor (2008), "El exilio de 1939 y la movilización estadounidense a favor de los académicos españoles", en *Exils, pasajes et transitions. Chemins d'une recherche sur les marges*, Presses Universitaires Blaise-Pascal, Clermont-Ferrand, pp. 73-83. Sobre el alcance del proceso de depuración entre quienes no se exiliaron véanse Jaume Claret Miranda (2005), *El atroz desmoche. La destrucción de la Universidad española por el franquismo (1936-1945)*, Crítica, Barcelona; y Luis E. Otero Carvajal (dir.) (2006), *La destrucción de la Ciencia en España. Depuración universitaria en el franquismo*, Ed. Complutense, Madrid.

potencial repercusión propagandística, al eco que eran susceptibles de encontrar para dar argumentos a los amigos o contrarrestar la actuación de los enemigos.

Reorientación política tras la guerra civil

Frente a la fecunda etapa anterior, la ruptura del franquismo suele interpretarse como una involución oscurantista y retrógrada, una visión divulgada profusamente por la oposición al régimen ¿Fue España después de la guerra civil un país impermeable a las corrientes culturales y científicas internacionales? La respuesta es negativa, con matices. El franquismo no constituyó un acicate para los contactos con el exterior, ni en este ámbito ni en ningún otro. Pero tampoco estableció una cerrazón absoluta. Ni podía, ni quiso hacerlo. Otra cuestión es que tratase de controlar esos contactos, de filtrarlos, de encauzarlos para sus propios fines. Por otro lado, más allá de tales propósitos los cauces de interlocución preexistentes dieron lugar a un flujo de información y conocimiento que escapó a los rígidos corsés que trato de imponer la dictadura.

El franquismo renegó de los orígenes de la política cultural exterior, pues sus inspiradores formaban parte de la denostada Institución Libre de Enseñanza, un núcleo de intelectuales liberales que habían tratado de reformar el país haciendo todo lo posible por incrementar la apertura al exterior del mundo cultural y científico. Para los dirigentes franquistas aquel movimiento quedó asimilado a la Anti-España, a las influencias extranjerizantes que habían provocado la desnaturalización del país, su pérdida de identidad, la introducción de corrientes disolventes del “ser nacional”. Paradójicamente, como ocurriría también con el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) donde se partió en principio de un rechazo tajante de la actuación anterior de la JAE, en la práctica el franquismo heredó en buena medida las líneas maestras de la política cultural exterior definida por sus antecesores, desde una óptica ideológica diferente claro está.

La guerra civil truncó la continuidad de la experiencia de sincronía cultural con Europa, como también el despliegue de la política cultural hacia América Latina y la incipiente corriente de intercambio con EEUU. El régimen político que emergió del conflicto civil no compartía las inquietudes sobre la modernización del país por la vía de la homologación científica y cultural con Europa, a la par que abominaba de los valores democráticos y liberales que representaba EEUU. Es más, sus dirigentes renegaban –en teoría– de cualquier influencia exterior al considerarla una adulteración de la esencia tradicional del país y una desviación de su carácter católico.

Tal actitud no significó que hubiera un corte radical en los contactos culturales con el exterior, sí en cambio que tuvo lugar una reorientación y una disminución de la intensidad de los mismos, en parte derivados de las prioridades marcadas por el nuevo régimen político y en parte fruto del contexto internacional. Desde el Ministerio de Asuntos Exteriores, la Sección de Relaciones Culturales procuró reconstruir la infraestructura cultural en el extranjero. Sus pilares básicos –escuelas,

lectorados, centros culturales, etc.– remitían en buena medida a la actividad desarrollada en el período republicano.²⁷ El régimen franquista no aportó ni una concepción alternativa ni mejoras sustanciales respecto a la actuación emprendida antes de la guerra civil. Además debió afrontar la carencia de personal preparado, de los cuadros humanos que engrosaron las filas del exilio o que habían sido depurados, vacío que intentó suplirse con el envío de profesores y lectores que actuasen como prosélitos de los principios del “Movimiento Nacional”. Más difícil resultó a corto plazo restablecer los vínculos con los centros universitarios extranjeros dedicados al estudio y promoción de la cultura española. En muchos de ellos se había mostrado una actitud solidaria con la suerte del bando republicano durante la guerra civil, y ahora cubrían sus plazas en esta materia con prestigiosos profesores españoles obligados a dejar su país por razones políticas –así había ocurrido en París, Londres, Nueva York y Bruselas–.

Dentro de las limitaciones inherentes a la posguerra española y al estallido de la guerra en suelo europeo, la corriente de profesores y estudiantes españoles que salían del país para ampliar sus estudios siguió dirigiéndose de forma preferente hacia Europa. Alemania e Italia fueron sus principales puntos de destino durante la guerra mundial, circunstancia que no fue ajena a la posición que adoptó el gobierno español ante los bandos contendientes. En los primeros años del conflicto bélico se pusieron las bases de un intercambio cultural y científico que preveía intensificarse a medida que se consolidara la Europa del Nuevo Orden, razón por la cual las relaciones culturales con los países del Eje tuvieron un carácter prioritario apreciable en diversos ámbitos. Paralelamente, tanto Alemania como Italia fundaron en los primeros años de la guerra Institutos de Cultura en la capital española, que recogían el testigo de centros preexistentes elevados ahora de categoría y con mayores recursos. El Instituto Alemán de Cultura favoreció el intercambio de profesores y el envío de lectores de español, becarios y pensionados. En todas estas vertientes el protagonismo alemán estuvo muy por delante del que adquirió cualquier otro país, incluida Italia. La nación mediterránea fue a la zaga de la influencia cultural alemana, si bien no bajo la guardia y procuró dar la réplica en la medida de sus posibilidades. Para ambas naciones europeas tal dimensión suponía un medio para ganar adeptos entre los sectores dirigentes de la dictadura española, en el mundo de la cultura, la ciencia y la información o en distintos cuerpos de la administración del Estado. En cuanto al régimen franquista, ese canal permitía testimoniar su “solidaridad moral” con los designios políticos de sus interlocutores totalitarios, a la vez que se consolidaba su integración en las estructuras de la emergente Europa fascista.²⁸

²⁷ Pueden encontrarse balances de las actuaciones llevadas a cabo en *Sucinta nota sobre las principales actividades de la Sección de Relaciones Culturales del Ministerio de Asuntos Exteriores*, 15/IX/1942 (AMAEC, R-2460/69), y *Memoria de la Junta de Relaciones Culturales, 1939-1944* (AMAEC, R-2105/5).

²⁸ Delgado Gómez-Escalonilla, *Imperio de papel...*, pp. 173-236, y “Las relaciones culturales de España en tiempo de crisis...”; Ismael Saz Campos (2003), *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Marcial Pons, Madrid, pp. 282 y ss.; Albert Presas (2008), “La inmediata posguerra y la relación científica y técnica con Alemania”, en *Cien años de política científica en España*, Fundación BBVA, Bilbao, pp. 173-209; Maricío Janué i Miretició (2008), “La cultura como elemento de influencia alemana en España: la Sociedad Germano-Española de

Bastante menor fue la receptividad del régimen franquista hacia los intercambios culturales con las principales naciones del bando aliado. Con Gran Bretaña y EEUU esos contactos fueron acogidos a menudo con frialdad no exenta de fricciones, sobre todo con esta última nación debido a la rivalidad –más teórica que real– por conseguir una posición preferente en el subcontinente americano. En esos años también se establecieron el Instituto Británico y la Casa Americana en Madrid, con el objetivo de contrarrestar la creciente influencia de los países del Eje en el terreno cultural y propagandístico. Por lo que respecta a la Francia de Vichy, se mostró un afán revisionista ante los desequilibrios existentes en el terreno cultural, que se plasmó sobre todo en la exigencia de reciprocidad en la instalación de escuelas españolas tanto en su territorio metropolitano como en sus colonias del norte de África. Tal reclamación no llegó a consumarse debido al cambio de signo de la guerra, y la postura de flexibilidad francesa en aquellos momentos le permitió preservar la considerable infraestructura cultural de que disponía en España.²⁹

También se esbozaron proyectos desmesurados e irreales de convertirse en mediadores entre la Europa fascista y América Latina.³⁰ Los dirigentes españoles sobrevaloraron sus posibilidades de sacar partido de las afinidades que habían encontrado en la zona durante la guerra civil, coyuntura a partir de la cual el nuevo Estado franquista asumió las formulaciones sobre la Hispanidad difundidas fundamentalmente por Ramiro de Maeztu como armazón ideológico de sus relaciones con América Latina. Sobre tales presupuestos giró la propaganda irradiada al continente americano, sirviendo además como soporte doctrinal de la aspiración de recuperar un papel protagonista en aquella región. A ellos recurrió la Falange en sus intentos de captación y encuadramiento de la emigración española, y también se trasladaron al diseño incipiente de una política cultural dirigida al reforzamiento de la identidad del mundo hispánico. La defensa de la Hispanidad

Berlín (1930-1945)", y Carolina Rodríguez López (2008), "La Universidad de Madrid como escenario de las relaciones hispano-alemanas en el primer franquismo (1939-1951)", ambos en el dossier sobre *España y Alemania: Historia de las relaciones culturales en el siglo XX*, *Ayer*, nº 69, pp. 21-45 y 101-128, respectivamente; Rubén Domínguez Méndez (2012), *Mussolini y la exportación de la cultura italiana a España*, Arco Libros, Madrid.

²⁹ Delgado y Niño, "Emigración, enseñanza y nacionalidad..."; Jean F. Berdah (1993), "La propaganda cultural británica en España durante la Segunda Guerra Mundial a través de la acción del British Council: un aspecto de las relaciones hispano-británicas (1939-1946)", en *El régimen de Franco (1936-1975). Política y Relaciones Exteriores*, UNED, Madrid, t. II, pp. 273-286; Lorenzo Delgado Gómez-Escalonilla (2003), "Las relaciones culturales entre España y Estados Unidos. De la guerra mundial a los pactos de 1953", en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº 25, pp. 35-59, monográfico sobre "50 años de relaciones entre España y Estados Unidos"; Isabelle LOSTANLEN (2008), *Un réseau culturel sur mesure: les établissements français en Espagne 1939-1964*, Université de Provence, Aix-en-Provence (tesis doctoral inédita).

³⁰ Delgado Gómez-Escalonilla, *Imperio de papel...*, pp. 117-156 y 237-392, y "Entre la Hispanidad beligerante y la Comunidad Hispánica de Naciones (1939-1953)", en *España/América Latina...*, pp. 91-136; Rosa Pardo Sanz (1995), *Con Franco hacia el Imperio. La política española en América Latina (1939-1945)*, UNED, Madrid, y de la misma autora (1992), "Hispanoamérica en la política nacionalista", *Espacio, Tiempo y Forma*, Historia Contemporánea, t. V, pp. 211-238; Eduardo González Calleja y Fredes Limón Nevado (1988), *La Hispanidad como instrumento de combate. Raza e Imperio en la prensa franquista durante la guerra civil española*, CSIC, Madrid; Eduardo González Calleja (1994), "El Servicio Exterior de Falange y la política exterior del primer franquismo: consideraciones previas para su investigación", *Hispania*, nº 186, pp. 279-307; Raanan Rein (2001), "Francoist Spain and Latin America, 1936-1955", en *Fascism Outside Europe: The European Impulse against Domestic Conditions in the Diffusion of Global Fascism*, Columbia University Press, Nueva York, pp. 116-152.

recibió entonces la adhesión circunstancial de sectores de las elites políticas y sociales de los países latinoamericanos. Los problemas llegaron cuando se intentó rentabilizar aquellas simpatías para intensificar las relaciones con la región, en un contexto de enfrentamiento bélico en Europa que adquirió poco después dimensiones mundiales.

La España franquista trató de erigirse en interlocutor entre América Latina y el Nuevo Orden fascista, a la par que se intentaba erosionar la hegemonía del panamericanismo de EEUU. El Consejo de la Hispanidad, creado en 1940, fue el principal instrumento de una propaganda ideológica y cultural con aspiraciones políticas apenas encubiertas. El organismo revitalizó las expectativas de los sectores falangistas, que pretendían la aplicación de una política más decidida y ambiciosa al otro lado del Atlántico. La acción cultural sustituyó –al menos sobre el papel– a una intervención política directa, ante la conveniencia de eludir la oleada antifascista que recorría aquella zona, sin por ello renunciar a una labor de atracción ideológica entre las elites tanto latinoamericanas como de las colonias españolas. Sin embargo, su actividad fue poco más allá de los proyectos y las declaraciones de principios. Su mera existencia sirvió para que el franquismo fuese percibido como una punta de lanza de los regímenes fascistas europeos en América, acentuando la imagen totalitaria y antidemocrática del régimen.³¹

El cambio de signo de la guerra, con el retroceso progresivo de los países del Eje, obligó a una paulatina reorientación diplomática. El engarce cultural con la Europa fascista fue perdiendo intensidad, mientras en América Latina se asimilaba el fracaso de la Hispanidad beligerante y se optaba por una táctica más defensiva. Todo ello condujo a un giro estratégico canalizado a través de una política de propaganda cultural. Sus móviles consistieron en identificar a la España franquista con la tradición –los valores del siglo de Oro y el pasado imperial–, el catolicismo –una seña de diferenciación respecto a otros regímenes totalitarios– y el anticomunismo –justificación de su apoyo al Eje en la lucha contra la Unión Soviética–. Para limar asperezas con las naciones aliadas, dejó de cuestionarse la hegemonía de EEUU en el hemisferio occidental, y se insistió en que el campo de acción español se limitaba al ámbito de “lo cultural y lo religioso”. En la medida que el desenlace de la guerra se hizo más próximo con la derrota ineludible de los otrora compañeros de viaje, esa política sirvió para intentar tender puentes hacia los vencedores, mostrando una mayor condescendencia hacia las actividades culturales de las naciones anglosajonas.³²

³¹ Fruto de ello fue la repercusión que tuvo el libro, por otro lado poco riguroso en sus informaciones, de Allan Chase (1943), *Falange. El Ejército Secreto del Eje en América*, Ed. Caribe, La Habana.

³² Esa nueva actitud se tradujo en una ventajosa posición para la influencia cultural británica y norteamericana en España al acabar la Guerra Mundial, que los dos países se encargaron de consolidar posteriormente.

En aquellos momentos se incrementó el protagonismo del CSIC en la reanudación de los contactos con el exterior. El organismo había heredado de la JAE sus instalaciones y material, aunque su sesgo ideológico fuera muy distinto. El CSIC recogió asimismo el testigo en lo relativo al enlace científico e intelectual con el exterior de la España franquista. También su *modus operandi* fue deudor de la JAE: desde su creación tuvo entre sus funciones el intercambio de profesores y la formación de investigadores en el extranjero, la asistencia a congresos internacionales, o el restablecimiento del canje de publicaciones. Análogamente, debía ocuparse en colaboración con la JRC de organizar centros científicos en el extranjero, de elaborar un fichero de hispanistas y publicar un Anuario del Hispanismo, además de retomar los Cursos para Extranjeros que se impartían en el CEH.³³

Desde sus primeros años tuvo un destacado papel en la concesión de pensiones y becas para centros de investigación extranjeros. Alemania fue, con gran diferencia, la nación que concentró el mayor volumen de las ayudas, con preferencia por las disciplinas de Medicina y Cirugía en sus diversas especialidades y, en menor medida, Derecho, Filología germánica, Música o algunas ramas de la Ingeniería. Esa colaboración se prolongó con el desplazamiento a España de profesores procedentes de Alemania, Italia y Portugal, en consonancia con el círculo de afinidad ideológica del régimen franquista. La reanudación del canje de publicaciones con el extranjero fue otra preferencia, al objeto de compensar las pérdidas sufridas en el transcurso de la guerra civil. El CSIC recibió importantes donativos de libros y revistas procedentes de Alemania, Italia, Gran Bretaña, Francia y EEUU. El intercambio con los países latinoamericanos tropezó con más dificultades, iniciándose el envío de lotes de libros a aquella región.

Por otro lado, se concedió una especial atención a áreas de conocimiento que habían tenido un desarrollo incipiente antes de la guerra civil y que estaban relacionadas con zonas sensibles de la presencia exterior española. Los estudios sobre América Latina y el mundo árabe contaron tempranamente con Institutos específicos, cuyos resultados debían contribuir al diseño y aplicación de la política cultural. Inicialmente se constituyó una Comisión Hispanoamericana con funciones de coordinación. Más relevancia tuvo la creación en 1940 del Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo de Historia Hispanoamericana –que ocupó el lugar de la anterior Sección de Estudios Hispanoamericanos del CEH de Madrid–. Algo después, en 1942, se fundó la Escuela de Estudios Hispanoamericanos en Sevilla –cuyo predecesor fue asimismo el Centro de Estudios de Historia de América–. Finalmente en 1944 la Sección de Misiones del primero de los centros mencionados fue convertida en el Instituto de Misionología Santo Toribio de Mogrovejo, en tanto

³³ María J. Santemas y Emilio Muñoz (1993), “Las primeras décadas del Consejo Superior de Investigaciones Científicas: una introducción a la política científica del régimen franquista”, *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, nº 16, pp. 73-94; Antoni Malet, “Las primeras décadas del CSIC: investigación y ciencia para el franquismo”, en *Cien años de política científica...*, pp. 211-256; Delgado Gómez-Escalonilla, “Dimensión internacional del CSIC”, en *Tiempos de investigación...*, pp. 269-277.

que la Sección de Descubrimientos y Navegaciones dio paso al Instituto Histórico de la Marina.³⁴ También las Escuelas de Estudios Árabes de Madrid y Granada fueron transferidas al CSIC. En 1940 se estableció el Instituto Benito Arias Montano de Estudios Árabes y Hebraicos. Dos años después se constituía el Instituto Miguel Asín para encargarse de los Estudios Árabes, mientras que el centro anterior se ocuparía de los Estudios Hebraicos y de Oriente Próximo. En 1945, el CSIC incorporaba a su estructura un Instituto de Estudios Africanos.³⁵

Todas esas instituciones se convirtieron en antenas hacia el exterior cuando se hizo necesario reconducir la dimensión internacional española para distanciarla de las naciones del Eje, adquiriendo una mayor urgencia durante el período de aislamiento internacional. La colaboración en la búsqueda de contactos exteriores fue pareja a la institucionalización gradual de algunas disciplinas y a la articulación de nuevos canales y grupos de influencia académica.³⁶

Condena internacional y diplomacia paralela

En la inmediata posguerra la condena internacional al régimen de Franco dinamizó la política cultural y la convirtió en una diplomacia paralela. En el trance más difícil de la dictadura por la repulsa que encontró fuera de sus fronteras se recurrió a las relaciones culturales para suplir otros medios de acción más directos, ganar aliados y difundir una imagen más digerible del franquismo. Quedó definido por entonces un método de actuación caracterizado por la propaganda cultural, la búsqueda de apoyos entre sectores conservadores y el recurso a las afinidades católicas como vía para debilitar el cerco exterior impuesto a la dictadura. El relanzamiento de la política cultural estuvo asociado a esa preminencia de la invocación católica. Su objetivo primordial fue explotar sus efectos socializadores como instrumento de legitimación ideológica en un contexto internacional marcadamente desfavorable. La diplomacia cultural se plegó una vez más a los requerimientos de la política exterior, a la necesidad de obtener el respaldo católico para disminuir la repulsa internacional contra la dictadura, a contrarrestar la ofensiva del exilio sobre todo en los países latinoamericanos, y a favorecer la connivencia anglosajona para superar su marginación de las coordenadas políticas de la posguerra. Todo ello contribuyó a acentuar la simbiosis entre acción cultural y propaganda. El régimen dispuso por esta vía de un medio encubierto para divulgar sus argumentos sin despertar las suspicacias de sus receptores y evitando las réplicas contraproducentes de una

³⁴ *América en España. Actividades culturales americanistas en España desde 1940 a 1947*, Ediciones Cultura Hispánica, 1947.

³⁵ Para mayor información sobre las actividades del CSIC véanse *Memorias de la Secretaría General, años 1940-1941, 1942, 1943, 1944 y 1945*, CSIC, Madrid, 1942-1946.

³⁶ Véanse Gonzalo Pasamar Alzuria (1991), *Historiografía e ideología en la postguerra española: La ruptura de la tradición liberal*, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, y del mismo autor (1990), "Oligarquías y clientelas en el mundo de la investigación científica: el Consejo Superior en la Universidad de posguerra", en *La Universidad española bajo el régimen de Franco (1939-1975)*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, pp. 305-339.

propaganda directa; para atraer hacia su causa a sectores interesados por su cultura o ideológicamente afines, aunque reticentes ante su sistema político.³⁷

Tras la incorporación de una de sus figuras más relevantes a la cartera de Asuntos Exteriores (Alberto Martín Artajo), la opción católica se perfiló como el pararrayos de la dictadura en el panorama internacional, situándose en primera línea de la defensa exterior del franquismo, particularmente entre los círculos católicos europeos y americanos. Los sectores católicos eran por entonces los únicos apoyos de la dictadura con capacidad para actuar como interlocutores internacionales, su red de contactos con el extranjero permitió disponer de una diplomacia paralela más discreta que los emisarios oficiales del régimen español.³⁸ Buena muestra de ello puede advertirse tanto en la participación de esos medios católicos en la cúpula del Instituto de Cultura Hispánica (ICH), como en la influencia que ejercieron los representantes del CSIC en la JRC y, en consecuencia, sobre la planificación y gestión de las relaciones culturales de España con el exterior.

Para desarrollar esa estrategia se incrementaron de forma considerable los recursos, concediéndose un crédito extraordinario de 40 millones de pesetas para la intensificación del intercambio cultural, medida que sirvió de pantalla para el despliegue de una campaña de acción propagandística. Pronto quedó patente que la política exterior de la dictadura buscaba limar asperezas con las dos grandes naciones occidentales vencedoras en la guerra mundial –Gran Bretaña y EEUU–, al tiempo que se intentaban recuperar aliados en América Latina –donde se encontraba entonces el núcleo más pujante de la oposición exiliada–. En la distribución del crédito extraordinario las partidas que especificaban su destino geográfico otorgaban un porcentaje del 32,5% para América Latina, un 15,75% para Europa –casi la mitad correspondía a Gran Bretaña– y un 7,5% para EEUU.

Paralelamente, se dio un impulso institucional a los organismos encargados de esa tarea. En el Ministerio de Asuntos Exteriores (MAE) las relaciones culturales alcanzaron categoría de Dirección General (DGRC). La JRC, sin apenas actividad desde la guerra civil, fue reactivada para coordinar las diversas iniciativas emprendidas en este ámbito entre los Ministerios de Asuntos Exteriores y Educación Nacional. También se estableció el Instituto de España en Londres y se proyectó otro centro similar para EEUU, que finalmente se quedó en la dotación de una cátedra española en la Universidad Católica de Washington. Para potenciar las relaciones con América Latina se concedieron becas para estudiantes, profesores y sacerdotes; se patrocinó a las Universidades Pontificias; se enviaron lotes de libros;

³⁷ Delgado Gómez-Escalonilla, *Imperio de papel...*, pp. 419-462, y “La cultura como vanguardia de la política exterior. Francia, España y América Latina en la postguerra mundial”, en *L’Espagne, la France et l’Amérique latine...*, pp. 367-372.

³⁸ Javier Tusell (1984), *Franco y los católicos. La política interior española entre 1945 y 1957*, Alianza, Madrid; Álvaro Ferrary (1993), *El franquismo: minorías políticas y conflictos ideológicos (1936-1956)*, EUNSA, Pamplona; Gonzalo Redondo (1999), *Política, cultura y sociedad en la España de Franco, 1939-1975. La configuración del Estado español, nacional y católico (1939-1947)*, EUNSA, Pamplona.

y, poco después, se disolvió el Consejo de la Hispanidad y se creó el Instituto de Cultura Hispánica –restringiéndose teóricamente sus competencias al plano cultural–.³⁹

El CSIC se convirtió en la principal institución académica dedicada a canalizar las relaciones culturales y científicas con el extranjero, en colaboración con los servicios del aparato diplomático. A ello contribuyeron las actividades de sus centros, algunos claramente volcados hacia los contactos con las mencionadas zonas sensibles de la política exterior. Además, quedó encargado de proponer candidatos para becas de estudio en el extranjero e invitaciones a profesores de otros países para realizar estancias en España, con una particular atención hacia el mundo anglosajón. En 1946 se realizó la primera convocatoria pública de tales becas desde el final de la guerra civil, que tuvo como modelo la efectuada por la JAE en 1933. Al año siguiente se reguló la concesión de invitaciones y ayudas a profesores y estudiantes extranjeros. El procedimiento de selección de becarios españoles y de invitados extranjeros, con la JRC como organismo financiador y el CSIC como principal actor de ese proceso, apenas se modificó en los años sucesivos.⁴⁰

EEUU y en menor medida Gran Bretaña fueron los principales destinos de esos becarios, con una acusada preferencia hacia los candidatos de las áreas de ciencias. Francia e Italia también gozaron de cierta prelación sobre todo en diversos campos de las humanidades. En torno a un tercio de aquellas becas se concedieron para ampliar estudios en EEUU, que desde entonces pasó ser el principal receptor de becarios españoles, rompiendo con la tendencia predominante en las décadas iniciales del siglo que tenía su punto de mira en varias naciones europeas. Por especialidades, la mayoría de los beneficiarios procedían de distintas ramas de la Medicina y la Biología, con presencia también destacada de las Ciencias Exactas, Físicas y Químicas, e Ingenierías técnicas.

En buena parte de los casos las posiciones políticas y religiosas solían solaparse con los méritos científicos. Así lo testimoniaba el cuestionario confidencial que debían cumplimentar los Jefes de las Misiones diplomáticas acompañando a las instancias de los candidatos extranjeros. En él debían reflejar extremos tales como cuál era su ideología política, si pertenecía a medios católicos y en ese caso si formaba parte del grupo católico de tendencias antihispánicas, junto a informaciones sobre la vida moral del candidato. Esa corriente perdió fuelle a finales de la década, debido a los problemas de divisas que afrontaba el régimen español.

³⁹ “Ley de 31-XII-1945, por la que se reorganizan los servicios del Ministerio de Asuntos Exteriores”, *Boletín Oficial del Estado*, 2/1/1946. *Informe de la DGRC*, VII-1945/VII-1948. AMAEC, R-3719/15.

⁴⁰ José María Albareda, secretario general del CSIC, tuvo un papel sobresaliente en ese proceso, permaneciendo como miembro de la Comisión Permanente de la JRC hasta su disolución en 1957. Asimismo, fue miembro desde 1958 de la Comisión de Intercambio Cultural establecida para la aplicación en España del Programa Fulbright. Delgado Gómez-Escalonilla, “Dimensión internacional del CSIC...”, pp. 273 y ss.

El acercamiento a EEUU por esta vía fue en todo caso bastante limitado. El interés norteamericano por España era todavía escaso, a causa de un panorama cultural sometido a la censura y la falta de libertad intelectual, la carencia de estímulos para la investigación científica, la incompetencia y el favoritismo en la enseñanza universitaria, etc. España quedó al margen de los circuitos habilitados por el gobierno estadounidense para intensificar la corriente cultural transatlántica, como el *Fulbright Program* y el *International Information and Educational Exchange Program*. Tan sólo la agudización de la guerra fría permitió la integración española en esos cauces de transferencia de conocimientos y formación de capital humano, al compás de su incorporación al dispositivo militar norteamericano.

En el escenario europeo la reconstrucción de la infraestructura cultural avanzó muy despacio. Se concedió una especial atención a Gran Bretaña, por el interés que existía en favorecer un acercamiento político con aquel país y por la menor resistencia que se encontraba. Más complicados eran los casos de Francia e Italia, donde seguía existiendo una fuerte respuesta antifranquista entre amplios sectores de la clase política y la opinión pública. Se acometieron entonces obras de acondicionamiento y mejora del Colegio de España en la Ciudad Universitaria de París, a la par que comenzó a restablecerse la actividad docente española en territorio francés. La Escuela de Historia y Arqueología en Roma reanudó sus actividades en 1947 bajo la batuta del CSIC, al año siguiente emprendieron su definitiva restauración otras instituciones entre las que se encontraba la Academia de Bellas Artes, y desde mayo de 1949 volvió a funcionar el Instituto de Lengua y Literatura en Roma. Fuera del radio de esos países sólo se mantuvo una cierta presencia cultural en Portugal y un moderado incremento del intercambio de estudiantes con Suiza.

Mientras en Europa occidental y en EEUU la situación española continuaba siendo apreciada bajo los esquemas de la guerra civil y la lucha contra el fascismo, en América Latina esa percepción iba dejando paso a otros planteamientos relacionados con la emergente guerra fría. El predicamento de los medios católicos españoles con sus homólogos americanos fue una de las claves del estrechamiento de los vínculos con la región. No menos relevante fue el cambio del mapa político con el progresivo deslizamiento hacia gobiernos conservadores y autoritarios. El ICH se erigió en un intermediario cultural y político de las relaciones con América Latina, articulando un conjunto de medidas encaminadas a sortear la etapa de ostracismo internacional.

El sombrío horizonte exterior se fue despejando a partir de los años 50. La confrontación entre EEUU y la Unión Soviética favoreció la paulatina rehabilitación internacional del franquismo. Mientras en el terreno político o militar las reservas frente a la dictadura aún ralentizarían el proceso de plena integración de España en las estructuras medulares del mundo occidental, en el ámbito cultural se tendieron puentes con mayor facilidad. Por ese cauce se mantuvo un escaparate de la “tradicional amistad” con América Latina y el mundo árabe, al tiempo que se intentó establecer un punto de anclaje poco conflictivo con varios países europeos que fuera abriendo paso a otras dimensiones. Asimismo, sirvió para dar una contrapartida civil a los acuerdos militares con EEUU, que resultó muy positiva para paliar el déficit de cuadros científicos y técnicos españoles susceptibles de contribuir al proceso de modernización económica y educativa.

Más allá de su empleo para afrontar situaciones de crisis, los dirigentes españoles tan sólo aprovecharon de forma intermitente el potencial de la acción cultural como agente de diplomacia pública susceptible de otorgar un valor añadido a su proyección internacional. Su interés en esta materia fue básicamente instrumental, produciéndose un cambio gradual que condujo de la urgencia de ganar aliados y difundir una imagen más digerible de la dictadura a la utilización de la diplomacia cultural como complemento para alcanzar determinados objetivos de la política exterior. También es cierto que la capacidad cultural del país era limitada, cortocircuitada por las trabas a la libertad de pensamiento y creación que impuso el franquismo. Los puntos cardinales de esa dimensión cultural variaron según los escenarios geográficos y las expectativas del régimen en cada uno de ellos. América Latina, EEUU y Europa Occidental constituyeron los enclaves fundamentales de esa actuación, a la que habría que agregar un paulatino despliegue institucional por varios países del mundo árabe.

Una política instrumental con fines diversos

La política del ICH hacia América Latina se orientó inicialmente a obtener el respaldo de grupos políticos de derechas, sectores católicos y círculos sociales conservadores. Se trataba de “lograr amigos a toda costa”, sobre todo entre personas con influencia en las organizaciones internacionales, la prensa, las universidades y las cancillerías latinoamericanas. De ahí que las iniciativas se dirigieran preferentemente hacia sectores restringidos de las capas dirigentes americanas o de las colonias españolas, acompañadas de una diplomacia personalista, sustentada en contactos privados, invitaciones y concesión de condecoraciones.

Las medidas tomadas buscaban demostrar el interés por América Latina y atraer hacia España a los medios afines antes aludidos. Una de las más relevantes fue la edición de varias colecciones de libros y la publicación de revistas –*Mundo Hispánico* y *Cuadernos Hispanoamericanos*– que abordaban diversos aspectos de

aquella comunidad de naciones.⁴¹ No menos importante fue la creación de una biblioteca y una hemeroteca hispánicas, junto al establecimiento de premios anuales a libros, artículos y películas cinematográficas. También se mantuvo la concesión de becas a estudiantes y sacerdotes latinoamericanos, al tiempo que se organizaron cursos para estudiantes norteamericanos. Para disponer de foros de reflexión y encuentro se establecieron la Cátedra Ramiro de Maeztu, y los Colegios Mayores Nuestra Señora de Guadalupe y Hernán Cortés, a la par que se favoreció la colaboración del americanismo académico –del CSIC y las Universidades–. Se realizaron congresos sobre distintas materias –educación, historia, seguridad social, derecho internacional, bibliotecas y propiedad intelectual, cooperación económica, lengua y literatura, etc.–, que dieron origen a organismos de enlace. Asimismo se promovieron los contactos personales y profesionales mediante invitaciones a periodistas, profesores universitarios y personalidades políticas y religiosas latinoamericanas para que visitaran España.⁴²

La acción sobre el terreno fue mucho más modesta. Se facilitaron los desplazamientos a América de profesores españoles de prestigio, las giras de compañías de teatro y grupos de los Coros y Danzas, y la organización de bienales hispanoamericanas de arte.⁴³ Igualmente se impulsó la fundación de Institutos de Cultura Hispánica en los países latinoamericanos, teóricamente independientes aunque en la práctica animados por sus interlocutores españoles, si bien casi todos ellos tuvieron una existencia testimonial.

El ICH resultó útil para aproximarse a los aliados potenciales y animarles a la eliminación de la condena internacional en las Naciones Unidas. También contribuyó a presentar a la dictadura española como un baluarte católico y anticomunista, en un mundo cada vez más influido por el enfrentamiento bipolar. La intensificación de las relaciones culturales procuró además restablecer los lazos con las organizaciones de los emigrantes españoles, detrayéndolas de la acción opositora de los núcleos de exiliados. No menor fue su papel en términos de política interior, al proporcionar un sucedáneo de reconocimiento exterior que se divulgó ante una opinión pública manipulada por los medios de comunicación controlados por el régimen.⁴⁴

⁴¹ *La huella editorial del Instituto de Cultura Hispánica*, Ministerio de Asuntos Exteriores-Fundación Mapfre Tavera, 2003.

⁴² Lorenzo Delgado Gómez-Escalonilla (1988), *Diplomacia franquista y política cultural hacia Iberoamérica, 1939-1953*, CSIC, Madrid, pp. 109-227, y “La cultura como vanguardia de la política exterior...”, pp. 373-389; María A. Escudero (1953), *El Instituto de Cultura Hispánica*, Editorial Mapfre, Madrid, 1994. Véase también *El Instituto de Cultura Hispánica al servicio de Iberoamérica*, Cultura Hispánica, Madrid, 1953.

⁴³ Miguel Cabañas Bravo (1996), *Política artística del franquismo. El hito de la Bienal Hispano-Americana de Arte*, CSIC, Madrid.

⁴⁴ Por otro lado, el gobierno argentino se convirtió en un valedor del franquismo en diversos foros internacionales e interamericanos, que además prestó una ayuda económica vital en graves momentos de desabastecimiento alimenticio y de materias primas. Raanan Rein (1995), *La salvación de una dictadura. Alianza Franco-Perón 1946-1955*, CSIC, Madrid.

Una vez superada la etapa de cuarentena internacional, en 1953 se lanzó la idea de agrupar a todos los países hispánicos en un proyecto común: la Comunidad Hispánica de Naciones. Con las miras puestas en aquel proceso de convergencia se buscó una acción coordinada en los organismos internacionales, cimentada en torno a cuestiones como la defensa del castellano y de los valores católicos. También se ensayó la colaboración con la CEPAL y la OEA mediante la participación en sus programas de asistencia técnica. Simultáneamente, se negociaron textos jurídicos sobre doble nacionalidad, convenios migratorios y de seguridad social, acuerdos culturales, o tratados más amplios de paz y amistad.⁴⁵

Con aquella perspectiva convergente como meta, el ICH prestó singular interés a la formación profesional y técnica de los cuadros latinoamericanos: médicos, abogados, ingenieros, universitarios, líderes sindicales, religiosos, periodistas, etc. Esa actuación selectiva pretendía ir constituyendo núcleos hispanófilos entre las elites dirigentes de los países latinoamericanos. La vía formativa y los contactos personales e institucionales derivados de la misma se concebían como una manera complementaria de reforzar el contenido político de la acción cultural.⁴⁶ Los dirigentes españoles mantenían la ficción de actuar como ex-metrópolis aglutinadora del antiguo espacio colonial. La voluntad de forjar un remedo de la *Commonwealth* o la *Union Française* planeaba sobre sus optimistas apreciaciones, aunque sin apostar firmemente por tal empresa ni otorgarle recursos acordes con tamañas aspiraciones. A la postre, la impregnación de la sociedad civil latinoamericana fue reducida.

Aquellos ambiciosos proyectos chocaron con la dura realidad de unos presupuestos económicos decrecientes conforme América Latina perdía interés en el horizonte exterior del régimen. Además, existía un problema de credibilidad sobre la capacidad española, pues las propuestas de confluencia partían del único país de la hipotética comunidad que estaba ausente de los agrupamientos regionales de su entorno –la Europa comunitaria–. A ello se unía que buena parte de las actividades organizadas sólo funcionaban en un sentido, de España hacia América Latina, sin apenas reciprocidad y con un eco bastante limitado al otro lado del Atlántico. Las diversas modalidades de formación se realizaban íntegramente en centros españoles, sin que hubiese después una continuidad sobre el terreno al carecerse de infraestructura en la zona dado que los Institutos de Cultura Hispánica allí establecidos eran inoperantes. Finalmente, el reflejo pro o anti-franquista mantuvo su vigencia, aunque se tratasen de atenuar las referencias católicas y anticomunistas en beneficio de postulados más técnicos. La capacidad de

⁴⁵ González Calleja y Pardo Sanz, “De la solidaridad ideológica a la cooperación interesada (1953-1975)”, en *España/América Latina...*, pp. 137-180.

⁴⁶ Alfredo Sánchez Bella (1956), “Diez años de cultura hispánica”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, nº 83, pp. 133-138, y del mismo autor (1957), “Finalidades, organización y orientaciones fundamentales de los Institutos de Cultura Hispánica”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, nº 94, pp. 3-12.

irradiación española apenas desbordó los círculos proclives al entendimiento con la dictadura.

Pese a las expectativas de algunos grupos intelectuales de extracción falangista o católica, América Latina tan sólo fue un espacio subsidiario de la política exterior franquista, cuyos polos de referencia básicos se situaron desde los años 50 en Europa Occidental y EEUU. Tanto el interés por preservar el vínculo estratégico con la potencia norteamericana como la clara apuesta por la integración económica en Europa, a partir de los años 60, dejaron patente aquella escala de prioridades. El proyecto comunitario entre países hispánicos siempre fue una baza de segundo orden, una salida de emergencia para amortiguar ante la opinión pública española los desaires que se producían ocasionalmente en los dos ejes principales de las relaciones internacionales del país.

Si en las relaciones con América Latina primó la proyección, en el caso de EEUU lo fundamental fue la recepción. El reto estribó en lograr la paulatina integración española en los canales de circulación de personas y conocimientos promovidos por la potencia americana después de la II Guerra Mundial. Esa incorporación se fraguó en paralelo a las negociaciones bilaterales entabladas para instalar bases militares norteamericanas en territorio español. Simultáneamente, desde el lado americano se trató de favorecer la apertura del país y disminuir la desconfianza hacia el exterior de los dirigentes franquistas. Junto a ello, se insistió en mostrar el poderío de EEUU y las ventajas de aceptar su presencia militar.

Una de las primeras iniciativas consistió en la aplicación en 1952 del *Foreign Leaders Program*, destinado a personas de especial relieve en su campo de actividad y susceptibles de contribuir de manera significativa a la formación de una opinión pública en los países extranjeros favorable al país americano. Ese mismo año se empezaron a proponer becarios al *Educational Exchange Program*, que perseguía incrementar el conocimiento de la historia, la cultura, la economía, la ciencia y la técnica norteamericanas, como medios para fortalecer la confianza en el liderazgo de EEUU y abrir camino a una paulatina asimilación española de los mecanismos organizativos y los presupuestos ideológicos del bloque occidental.⁴⁷

En 1953 se concluyeron los acuerdos militares entre ambas naciones, lo que se tradujo en el acceso de candidatos españoles a otros circuitos formativos. Al año siguiente se activaron el *Technical Exchange Program* y el *Military Assistance Training Program*, ambos derivados de los compromisos de ayuda técnica y adiestramiento militar contemplados en los citados acuerdos. El primero pretendía contribuir al alza de la productividad y la mejora de los recursos económicos

⁴⁷ Delgado Gómez-Escalonilla, "Cooperación cultural y científica en clave política: Crear un clima de opinión favorable para las bases USA en España", en *España y Estados...*, pp. 207-243, y del mismo autor (2012), "Objetivo atraer a las élites. Los líderes de la vida pública y la política exterior norteamericana en España", en *Guerra Fría y Propaganda. Estados Unidos y su cruzada cultural en Europa y América Latina*, Biblioteca Nueva, Madrid, pp. 235-277.

españoles, poniendo en contacto a empresarios y técnicos de este país con centros oficiales, empresas y métodos norteamericanos. Venía a ser una traslación a España del programa desarrollado por la *European Cooperation Administration* en el marco del Plan Marshall, con el propósito de introducir en Europa las técnicas de productividad industrial y gestión empresarial de EEUU.⁴⁸ El segundo programa se ocupaba del entrenamiento de militares españoles en centros de EEUU o de Europa, con objeto de familiarizarles con el armamento y los sistemas operativos del bloque occidental. Asimismo, remitía al *Mutual Defense Assistance Program*, establecido unos años antes para facilitar el entrenamiento de militares pertenecientes a países de la OTAN o de otros aliados norteamericanos.⁴⁹ En 1958 culminaba ese proceso mediante la inclusión de España en el *Fulbright Program*, encaminado a fomentar el conocimiento y la comprensión recíproca de los respectivos sistemas de vida, valores y logros de ambos países.⁵⁰

Más allá de los objetivos específicos de cada programa, todos tenían una finalidad convergente: preparar el terreno entre los dirigentes y la opinión pública para encontrar una acogida positiva a la presencia militar del país americano. Esa presencia permanente de instalaciones y personal militar, la cooperación económica y técnica, junto a la inevitable identificación entre la dictadura franquista y EEUU por parte de muchos españoles, planteaban una serie de desafíos que dichos programas podían ayudar a afrontar. El *United States Information Service* (USIS) se encargó de coordinar una labor que combinaba la doble dimensión propagandística y cultural, y a la que sumaron su concurso el Departamento de Estado, la *United States Information Agency*, la *International Cooperation Administration* y estamentos militares. Los canales de circulación de personas y conocimientos se concebían como un instrumento para situar a las elites españolas en la órbita del liderazgo de EEUU; para garantizar su cooperación en la consecución de los fines de la política exterior de EEUU; en suma, para mantener la operatividad de sus bases militares. También se perseguía favorecer el conocimiento de la sociedad estadounidense y convencer a los españoles de los beneficios de la colaboración bilateral.⁵¹

⁴⁸ Adoración Álvaro Moya (2010), *Inversión directa extranjera y formación de capacidades organizativas locales. Un análisis del impacto de Estados Unidos en la empresa española (1918-1975)*, Universidad Complutense de Madrid, Madrid (Tesis doctoral inédita), y de la misma autora (2011), “Guerra Fría y formación de capital humano durante el franquismo. Un balance sobre el programa estadounidense de ayuda técnica, 1953-1963”, *Historia del Presente*, nº 17, pp. 13-25, dossier sobre *Americanización y franquismo*.

⁴⁹ Carlos Barrachina (2002), *El regreso a los cuarteles: militares y cambio político en España*, Universidad de Barcelona, Barcelona.

⁵⁰ Lorenzo Delgado Gómez-Escalonilla (2009), *Viento de poniente. El Programa Fulbright en España*, Comisión Fulbright España-LID Editorial Empresarial-AECID, Madrid. En este programa los becarios españoles procedieron principalmente de las especialidades de Lengua y Literatura españolas, Lengua inglesa y Literatura americana, Dirección de Empresas y Economía, Química, e Ingeniería en sus diversas especialidades. Entre los becarios norteamericanos recibieron mayor atención las áreas de Lengua y Literatura españolas, Historia de España e Hispanoamérica, Lengua inglesa y Metodología de la enseñanza del inglés, e Historia, Geografía y Literatura de EEUU.

⁵¹ Lorenzo Delgado Gómez-Escalonilla (2009), “La maquinaria de la persuasión. Política informativa y cultural de Estados Unidos hacia España”, y Pablo León Aguinaga (2009), “Los canales de la propaganda norteamericana en

Como en otros países europeos durante aquella década, líderes, militares, técnicos, periodistas, empresarios, altos funcionarios, profesores, investigadores y estudiantes estuvieron bajo el foco del despliegue persuasivo norteamericano. En los programas de asistencia técnica, intercambio educativo y Fulbright los beneficiarios fueron españoles y norteamericanos, sobre todo los primeros, en una cifra que rondó las 2.000 personas en cada uno de ellos hasta 1975. El programa de líderes fue más minoritario y selectivo, movilizó durante aquel período algo más de dos centenares de personas, presentó un perfil político más marcado y tuvo carácter unilateral pues no planteaba ningún tipo de intercambio. No existe una información equivalente para el programa de instrucción militar, el más numeroso, que permitió aprovechar ese mecanismo formativo a varios miles de miembros del ejército español, especialmente oficiales y suboficiales de las armas de Aire y Marina. En cualquier caso, esos canales favorecieron la apertura al exterior de sectores minoritarios pero influyentes de la España de la época, contribuyendo con ello al despegue económico y social de los años 60.

El gobierno español interpretó siempre que aquellos programas suponían una contrapartida más por la colaboración militar con EEUU, lo cual no era estrictamente cierto pero tampoco carecía de verosimilitud. Desde su perspectiva, tales circuitos favorecían la formación de cuadros que resultaban necesarios para la mejora del sistema educativo y el desarrollo científico-técnico del país. EEUU se convirtió desde entonces en el principal destino de profesores y estudiantes españoles. La firma del Convenio de Amistad y Cooperación hispano-norteamericano de 1970 dio un renovado impulso a esos vínculos, al incluir sendos programas de cooperación cultural y educativa, y científica y técnica que incorporaron una importante financiación adicional.⁵² Esa corriente propició un “efecto difusión”, por las aportaciones de quienes ampliaron su formación en EEUU. También acarrió un “efecto multiplicador”, pues los contactos entablados animaron una corriente mucho más amplia de estudiantes e investigadores españoles que acudieron a EEUU con financiación privada.

Para EEUU los programas de formación e intercambio debían servir sobre todo para preservar su presencia militar, pero también se pretendía que cooperasen a una transformación en las formas de pensar que precedería a una evolución democrática. Su misión consistía en atraer a sectores claves de opinión y reforzar su sintonía con los móviles de EEUU. Análogamente, se trataba de minimizar la identificación con la dictadura, y de acercarse a grupos de dentro y fuera del

España, 1945-1960”, ambos en *Ayer*, nº 75, pp. 97-132 y 133-158, respectivamente, dossier sobre *La ofensiva cultural norteamericana durante la Guerra Fría*; Antonio Niño, “Los dilemas de la propaganda americana en la España franquista”, y Pablo León Aguinaga, “*Faith in the USA*. El mensaje de la diplomacia pública americana en España, 1948-1960”, ambos en *Guerra Fría y Propaganda...*, pp. 155-196 y 197-234, respectivamente.

⁵² El programa de cooperación cultural y educativa dio preferencia a las ciencias naturales y aplicadas, las ciencias económicas, junto a la lengua y la cultura de ambos países. El programa de cooperación científica y técnica determinó como sectores de especial interés los usos civiles de la energía atómica, la exploración y utilización del espacio, las ciencias marinas, las ciencias médicas y biológicas, la tecnología industrial, la electrónica y las ciencias sociales.

régimen con capacidad para liderar la futura transición política, procurando que ese proceso se desarrollase desde una posición favorable a los intereses norteamericanos.⁵³

En lo que concierne a Europa Occidental, hasta el final de la dictadura las relaciones con la región ocuparon un papel de segundo orden en las expectativas de la política cultural exterior, por detrás de América Latina y EEUU. Los dirigentes del régimen comprendieron que la cooperación cultural hispano-europea resultaba no sólo conveniente sino también inevitable, ante la tendencia, “a plazo más o menos largo, (hacia la) integración de España en todas las Organizaciones Regionales europeas”.⁵⁴ En este ámbito se guiaron por el criterio de considerar que España debía importar conocimientos científicos y técnicos de los países europeos y de EEUU, para después exportarlos arropados por sus peculiares valores hacia los países latinoamericanos y árabes.⁵⁵ Tal conducta vino acompañada de una actitud reticente frente a los posibles riesgos de “contaminación exterior” que podían provocar las democracias europeas, de ahí que nunca se pusiera demasiado empeño en intensificar las relaciones culturales con Europa Occidental.⁵⁶

En ese espacio europeo se asistió a una lenta pero progresiva normalización de las relaciones culturales a partir de los años 50. A comienzos de esa década ya funcionaban los centros culturales de Londres, París, Roma y Lisboa, en el transcurso de la misma se incorporaron el Instituto de España en Múnich y el Instituto Cultural de Santiago en Nápoles. Todos esos centros servían de tribuna para conferenciantes españoles y de marco para la realización de conciertos y exposiciones, además de disponer de bibliotecas que iban ampliándose con las obras enviadas por la DGRC. También se firmaron convenios culturales con varios países de la región, entre ellos la República Federal Alemana e Italia.⁵⁷ La red de lectorados se fue extendiendo por buena parte de los países del área, especialmente en las dos naciones mencionadas junto a Francia y Gran Bretaña.

⁵³ Lorenzo Delgado Gómez-Escalonilla (2010), “*After Franco, What? La diplomacia pública de Estados Unidos y la preparación del posfranquismo*”, en *Claves internacionales de la Transición española*, Catarata, Madrid, pp. 99-127.

⁵⁴ “Notas sobre la acción cultural de España en Europa”, 13/VII/1973. AMAEC, R-15943/120.

⁵⁵ “Esquema del Informe sobre los problemas más sobresalientes con que se enfrenta la economía y la sociedad española, desde la óptica del MAE”, 3/IV/1974. AMAEC, R-12839. *IV Plan Nacional de Desarrollo. Orientaciones básicas*, Madrid, Ministerio de Planificación del Desarrollo, 1974, pp. 36-37.

⁵⁶ Lorenzo Delgado Gómez-Escalonilla (1997), “El régimen franquista y Europa: el papel de las relaciones culturales, 1945-1975”, en *La política exterior de España en el siglo XX*, UNED, Madrid, pp. 415-440.

⁵⁷ Sobre el restablecimiento de las relaciones culturales con ambos países véanse Carlos Sanz Díaz (2008), “El papel de la política cultural exterior en las relaciones hispano-alemanas, 1949-1966”, dossier sobre *España y Alemania: Historia de las relaciones culturales en el siglo XX*, *Ayer*, nº 69, pp. 155-185; Giulia Quaggio (2013), “El poder suave de las artes: la Bienal de Venecia y la diplomacia cultural entre Italia y España (1948-1958)”, pp. 29-47, Laura Branciforte (2013), “La acción cultural española en la encrucijada de la política italiana (1953-1957)”, pp. 49-61, ambos en el dossier sobre *La República Italiana y la Dictadura Franquista. Relaciones políticas y culturales, Historia del Presente*, nº 21.

Profesores y científicos españoles participaban con relativa asiduidad en congresos celebrados en países europeos, a la par que se incrementaba la presencia de ponentes europeos en los eventos convocados en España. Las escuelas españolas en territorio francés, en Portugal y Andorra operaban ya con una relativa normalidad, aunque con medios modestos. El CSIC, por su parte, incrementaba sus contactos con centros universitarios y de investigación de la región donde tenía uno de sus principales focos de interrelación (con Francia, Gran Bretaña, la República Federal Alemana e Italia), el otro lo ocupaba EEUU. También en esa década se llevó a cabo la renovación y ampliación de los puestos de Agregados y Consejeros Culturales, concentrándose su mayor número en Europa Occidental.

Esa mayor interconexión se apreció asimismo en el intercambio de estudiantes y profesores. Las becas para cursos de extranjeros celebrados en España se concedieron sobre todo a estudiantes europeos, procedentes en una gran proporción de Alemania y, a distancia, de Italia, Francia y otros países. Se procuró que tales becas tuvieran carácter de intercambio, y por esa vía estudiantes españoles acudieron a Alemania, Italia, Francia, Gran Bretaña y EEUU. Además, el Servicio de Intercambio Familiar de Estudiantes tramitó peticiones relacionadas en buena medida con Gran Bretaña, Francia y Alemania. El Comité Español para Intercambio de Estudiantes Técnicos envió por su parte a estudiantes de Ingeniería a realizar prácticas en fábricas de Alemania y Gran Bretaña. La Comisaría de Protección Escolar del Ministerio de Educación Nacional (MEN) se encargó desde 1954 de las becas otorgadas a españoles para ampliar estudios en el extranjero, en tanto que la DGRC del MAE gestionaba las becas de intercambio y las adjudicadas a estudiantes extranjeros.⁵⁸ Varios organismos de la Secretaría General del Movimiento concedían a su vez becas a españoles para viajes de prácticas, intercambios culturales y juegos escolares.⁵⁹

En 1957 España se incorporó al Convenio Cultural Europeo. Para los dirigentes españoles el acceso a tales organismos de carácter técnico podía convertirse en una cabeza de puente para acceder a las principales instituciones europeas. En lo sucesivo se mantuvo la tónica de “estar presentes”, aunque las relaciones culturales adoptasen un carácter de baja intensidad. Con motivo de la creación del Fondo Cultural Europeo, España adoptó una postura de “inhibición matizada” y de “presencia fría pero correcta”.⁶⁰ Observar, estrechar contactos y utilizar la faceta

⁵⁸ El MEN convocó desde 1955 becas para enviar a postgraduados españoles a residir en el Colegio de España en París. Esa convocatoria se amplió al año siguiente incorporando a los demás países europeos. A partir de 1958, se estableció un número fijo de becas del MEN en el extranjero (60), que se repartieron entre el Colegio de España en París (20), el Colegio Español de Santiago en Munich (20), el Colegio Español de San José en Roma (10), y cualquier otro colegio o residencia en Europa (10). El MEN concedió también un cupo de becas para refugiados europeos, procedentes de Europa del Este, acogidos a la Obra Católica de Asistencia Universitaria.

⁵⁹ El Frente de Juventudes, el Sindicato Español Universitario y la Delegación Nacional de Sindicatos, sobre todo con destino a la República Federal Alemana, Francia, Gran Bretaña, Bélgica e Italia.

⁶⁰ “Instrucciones para el Delegado de España en la 1ª Reunión del Consejo de Administración del Fondo Cultural del Consejo de Europa”, 9/1/1959. AMAEC, R-8150/12.

cultural como plataforma para facilitar la integración en el Consejo de Europa, tales fueron los principios orientadores de la política española en este terreno. De esa forma se aspiraba a entablar canales de comunicación que mejorasen las perspectivas en otros ámbitos, sobre todo en la dimensión económica que se convirtió en el elemento motriz de los esfuerzos españoles por sumarse al proceso de integración europea.

La política cultural con Europa se desarrolló desde los años 60 animada más por la inercia de las instituciones existentes y por los compromisos adquiridos que por un deseo de profundizar los vínculos de esta índole con la región. De hecho, se reconocía que buena parte de los centros culturales “en general funcionan mal, tienen escasos alumnos y representan una fuerte carga presupuestaria”.⁶¹ La posición que ocupaba Europa en las expectativas de la política cultural española quedaba descrita en 1967, al definir las áreas preferentes de actuación de la DGRC para la preparación del II Plan de Desarrollo. Se preveía conceder “la primera prioridad a Iberoamérica y Filipinas. En segundo lugar a Estados Unidos. En tercer lugar a África y en cuarto lugar a Europa”.⁶² Pese a esa teórica relegación frente a otras áreas geográficas, se incrementó el número de países con los que se firmaron nuevos convenios culturales y el número de lectorados en la zona experimentó un constante crecimiento, al igual que las relaciones científicas y artísticas. Además, se comenzó a atender parcialmente y con bastante retraso a las demandas educativas y asistenciales de los emigrantes, mediante la fundación de Casas de España, dependientes del Ministerio de Trabajo, y la extensión un tanto caótica del sistema de escuelas y aulas de español en varios países europeos.⁶³ España se fue integrando pues en los cauces de intercambio universitario, cultural y científico de Europa Occidental, aunque lo hiciera de forma limitada.

Junto a lo anterior, las puertas de la UNESCO se habían abierto en 1952, lo que permitió a España incorporarse a la principal instancia internacional dedicada a las relaciones culturales. En los años siguientes el gobierno español fue sumándose al elenco de acuerdos y convenciones adoptados por aquel organismo desde su creación. Por otro lado, durante los años 50 se firmaron más convenios culturales que en las cuatro décadas anteriores del siglo XX.⁶⁴ Entre los signatarios americanos estaban Brasil y Cuba, que firmaban su primer convenio cultural con España, y EEUU con quien se aprobó un acuerdo de intercambio cinematográfico, la mencionada incorporación al Programa Fulbright y varios convenios de

⁶¹ “Esquema de política cultural”, 20/VI/1958. AMAEC, R-11850/1.

⁶² “Acta de la reunión celebrada el 30-V-1967 en la DGRC”. AMAEC, R-11052/1.

⁶³ Lorenzo Delgado Gómez-Escalonilla (2002), “La enseñanza de los emigrantes. Entre la defensa de la identidad española y la política de asimilación francesa”, en *Hispania*, nº 211, pp. 521-560. Monográfico sobre *La emigración española a Francia en el siglo XX*.

⁶⁴ Hasta entonces se habían suscrito convenios culturales de diversa índole con 21 países, en aquella década se firmaron nuevos textos con 23 países. La distribución geográfica también es muy significativa: nueve países americanos, siete países árabes, seis países europeos y un país asiático.

cooperación en materia de energía nuclear e investigación espacial. Todos los convenios firmados con países árabes eran una novedad, en una línea de acción reforzada por la creación del Instituto Hispano-Árabe de Cultura y de Centros o Institutos de Cultura en El Cairo, Alejandría, Beirut, Túnez, Damasco y Bagdad.⁶⁵

La tendencia se mantuvo hasta el final de la dictadura aunque asumió progresivamente un ritmo languideciente. Tanto el número de acuerdos culturales como la red de instituciones en el exterior crecieron algo en la primera mitad de los años 60.⁶⁶ Antes de concluir el franquismo se avanzó igualmente en la integración en importantes organismos europeos de índole cultural y científica, como también ocurriera en materia de cooperación económica y técnica. España entró en el Consejo de Cooperación Intelectual del Consejo de Europa, en la Organización Europea para la Investigación Nuclear (CERN) y en la Organización Europea para la Investigación Espacial (ESRO). Todo ello favoreció, pese a sus limitaciones, la reconstrucción parcial del capital humano y del tejido cultural y científico que la represión y el exilio posteriores a la guerra civil habían dejado bastante maltrechos. Lo que no obsta para que el sistema no se encontrara viciado por las prácticas de algunos grupos de poder académico-político.

En la medida que la acción cultural perdió utilidad política para el régimen fue quedando relegada a una posición secundaria de su actividad diplomática. La pervivencia de algunas actuaciones se debió más a la inercia burocrática que a la confianza en su contribución, de ahí que dispusieran de magros recursos y una infraestructura obsoleta. Simultáneamente, se produjeron disputas de competencias interministeriales que ralentizaron los cambios necesarios y condujeron a la paralización casi completa de la política de creación de nuevos centros en el exterior. Otro indicador de esa pérdida de interés fue la desaparición de la JRC a finales de los años 50.

El Instituto Cervantes como estandarte de la España democrática

La llegada de la democracia implicó más fondos para la acción cultural y un incremento de las iniciativas, si bien se careció inicialmente de un proyecto sobre los objetivos a alcanzar y los medios a emplear para lograrlo. Las decisiones al

⁶⁵ M. Hernando de Larramendi, (2008), "El Instituto Hispano-Árabe de Cultura y la política exterior española hacia el mundo árabe", e Irene González González (2008), "Los Centros Culturales en el mundo árabe: actores de la política exterior española (1954-1967)", ambos en *Ayeres en discusión. Temas claves de Historia Contemporánea hoy*, Universidad de Murcia, Murcia; Irene González González (2010), "Instrumentos de la política cultural hacia el mundo árabe durante el franquismo: la red de centros culturales en Oriente Medio y el Instituto Hispano-Árabe de Cultura", en *España, el Mediterráneo y el mundo arabomusulmán. Diplomacia e historia*, Icaria-Antrazyt-IEMed, Barcelona, pp. 95-116.

⁶⁶ En el terreno de los acuerdos culturales se firmaron convenios con 32 países, con 11 de ellos por primera vez. En un desglose por áreas geográficas figuraban: ocho países europeos, 14 americanos, seis árabes, tres africanos y uno asiático. Los nuevos centros creados en esos años fueron el Centro Cultural de Amman, el Instituto Cultural Español en Dublín, el Centro Cultural Hispánico en Copenhague y el Instituto Cultural Reina Sofía de Atenas. Por el contrario, el Colegio de España en París había sido cerrado a consecuencia de las manifestaciones antifranquistas que acompañaron a las movilizaciones del mayo francés de 1968, no volvería a reabrirse hasta 1987.

respecto se dilataron hasta 1991, fecha de creación del Instituto Cervantes (IC). Aquél acta fundacional se presentó como la superación de una asignatura largo tiempo pendiente, avalada por la referencia a otras instituciones extranjeras de similar naturaleza –*Alliance Française*, *Goethe Institut* o *British Council*–.⁶⁷ Esa tarea largo tiempo aplazada había cobrado impulso en la estela de la operación exterior de imagen emprendida por España en torno a la fecha talismán de 1992, donde convergería la organización de varios fastos internacionales –Juegos Olímpicos, Exposición Universal, etc.– que trataban de mostrar el dinamismo del país y su apuesta por la modernización una vez consolidado el sistema político democrático.

El nuevo organismo se ocupó de promover la enseñanza del español como lengua extranjera y de la difusión de la cultura española, al tiempo que debía velar por el patrimonio lingüístico y cultural compartido por la comunidad hispano-hablante. Para ello se fundieron en su seno todo un conjunto de centros de composición dispar que antes dependían de varios ministerios, principalmente de Asuntos Exteriores. Tras su remodelación vendrían a convertirse en las antenas de la red Cervantes en el mundo. Por entonces, como fruto de la herencia recibida del régimen anterior, su radio de acción tenía un fuerte asentamiento en Europa, con una presencia menor en Oriente Medio o el norte de África, junto a una implantación casi testimonial en EEUU y algún otro país africano y asiático.⁶⁸

El despegue del IC hubo de sortear problemas organizativos y de formación de personal docente, instaurar un sistema homologado de enseñanza del español en sus centros propios y asociados, organizar el procedimiento de obtención del Diploma de Español como Lengua Extranjera (DELE), poner en marcha bibliotecas y centros de documentación, afrontar el diseño del Centro Virtual Cervantes (CVC) creado en 1997, e introducir las nuevas tecnologías de la información. También se ocupó de conocer con precisión la situación del español en el mundo, tomar el pulso al hispanismo autóctono de los diversos países y ganarlo para su causa, iniciándose desde 1998 la edición de volúmenes anuales sobre *El español en el mundo*. Simultáneamente, se empezaron a desarrollar una serie de actividades culturales que buscaban introducir los principios de programación, aprovechamiento de recursos, colaboración con otras instituciones nacionales o extranjeras, y mayor atención a las estrategias de comunicación con el entorno de cada centro.⁶⁹ No era

⁶⁷ “Proyecto de Ley por la que se crea el Instituto Cervantes”, VI/1990, Secretaría General del Congreso de los Diputados-Dirección de Estudios y Documentación, Madrid; “Ley 7/1991, de 21 de marzo, por la que se crea el Instituto Cervantes”, *BOE*, 22/III/1991; Juan A. Gimeno (1991), “El Instituto Cervantes: el diseño de un nuevo ente”, *Documentación Administrativa*, nº 227, pp. 127-140.

⁶⁸ Pablo de Jevenois Acillona (1996), “Los Centros Culturales y Educativos en el exterior”, en *La Dirección General de Relaciones Culturales y Científicas 1946-1996*, Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid, pp. 203-207.

⁶⁹ Marqués de Tamarón (2007), “El Instituto Cervantes”, *Arbor*, vol. CLXIII, nº 641, mayo, pp. 123-148, e Ignacio Herrera de la Muela (2007), “La contribución del Instituto Cervantes a la promoción exterior de la cultura española e hispanoamericana: ¿actor o agente?”, en *Enciclopedia del español en el mundo. Anuario del Instituto Cervantes, 2006-2007*, Instituto Cervantes, Madrid, pp. 862-882.

una tarea sencilla en un ámbito donde antes predominaban los reinos de taifas y la improvisación, e hizo falta cierto tiempo para que cuajase una nueva filosofía de trabajo. El Cervantes contaba con el activo de la unidad del idioma, que agrupaba al conjunto de las naciones hispanoamericanas, y con la desventaja de una imagen del país lastrada por los tópicos de sol y playa, de diversión y baja productividad.⁷⁰

La América de habla hispana quedó en principio fuera del radio de acción del IC, tanto porque se consideró que allí no era necesario impulsar la enseñanza del español como porque en esa región se priorizó la política de cooperación al desarrollo –en parte como una forma de distanciarse de la imagen que había proyectado la dictadura franquista–. Desde los años 80 se fue forjando una estructura institucional que culminó en 1988 con el establecimiento de la Agencia Española de Cooperación Internacional (AECI).⁷¹ El diseño de esa nueva política pretendía dotar de contenido práctico las relaciones privilegiadas con la región, dejando atrás los resabios retóricos y paternalistas de épocas anteriores. Junto a los acuerdos de cooperación firmados desde entonces con varios países latinoamericanos, se llevó a cabo una reforma de la infraestructura existente en la región, dando lugar a una red de Oficinas Técnicas de Cooperación, Centros Culturales y Centros de Formación. A medida que la cooperación al desarrollo fue adquiriendo un papel cada vez más importante en la política exterior española ese esquema de actuación se extendió a África y Asia.⁷²

El asentamiento de la democracia española, el crecimiento económico y la búsqueda de un protagonismo internacional reforzado por la integración en la Europa comunitaria propiciaron la reforma de una declinante política cultural exterior y la confección de una política de cooperación al desarrollo. El área preferente de proyección cultural ha sido desde entonces Europa, mientras que América Latina lo era en materia de cooperación. También otras zonas fueron objeto de interés, como el Norte de África en la estela de la política mediterránea española, Oriente Medio donde se aspiraba a tener un papel de interlocución y favorecer las tentativas de paz, o los países de Asia-Pacífico donde junto a los vínculos seculares con Filipinas se unen los deseos de impulsar los lazos comerciales con la zona. Las relaciones con EEUU se mantuvieron más en el ámbito del intercambio científico y tecnológico, si bien al igual que el resto de las

⁷⁰ El español mostraba un perfil de lengua “sorprendentemente unitaria, bastante pero no demasiado extendida geográficamente, de poco peso económico y con una reputación internacional manifiestamente mejorable”. Marqués de Tamarón (1995), “El papel internacional del español”, en *El peso de la lengua española en el mundo*, Universidad de Valladolid, Valladolid, pp. 52.

⁷¹ Inicialmente se había creado en 1985 la Secretaría de Estado para la Cooperación Internacional y para Iberoamérica (SECIPI), integrada en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Sus competencias abarcaban la cooperación técnica, relaciones económicas y culturales. Un año después se constituyó la Comisión Interministerial de Cooperación Internacional, responsable de elaborar el Plan Anual de Cooperación Internacional. La AECI asumió todas las competencias previas en este terreno.

⁷² Esa tendencia queda ilustrada por los cambios de denominación del Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación (MAEC) y de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID).

áreas mencionadas se desarrollaron múltiples actividades culturales para promover el conocimiento de la cultura española. Por otro lado, si previamente el Estado había concentrado buena parte de la actuación en este terreno, ahora se empezaba a apreciar una participación más activa de la sociedad civil.

En los años finales del siglo XX y sobre todo en la primera década del XXI la acción cultural exterior ha recibido un nuevo impulso, en paralelo a una proyección exterior del país que ha ganado en presencia, diversidad y complejidad.⁷³ El panorama institucional se ha hecho más tupido, con una malla de organismos y agentes, públicos y privados, que intervienen con mayor o menor intensidad en las relaciones culturales internacionales. Análogamente, su radio de actuación se ha ampliado a todos los continentes, a la par que se apuesta por una cooperación extendida que abarca ámbitos cada vez dilatados –desde la enseñanza y el arte al intercambio científico, de los asuntos medioambientales a la lucha contra la pobreza–, todo ello conjugado con un mayor compromiso en los organismos internacionales multilaterales.⁷⁴

En Europa se dan cita programas en materia de educación, cooperación interuniversitaria, arte en sus diversas manifestaciones o investigación, que concentran la actividad de varios ministerios. Intervienen especialmente el MAEC, a través de la Secretaría de Estado para la Unión Europea; los anteriores ministerios –fusionados en diciembre de 2011– de Cultura que participaba activamente en el diseño de la política cultural comunitaria⁷⁵ y de Educación con una nutrida red de centros que desborda el escenario europeo,⁷⁶ y Economía y Competitividad que desarrolla una parte importante de sus actuaciones de I+D+I en el Espacio Europeo de Investigación algo que también podría extrapolarse al CSIC –si bien las actividades de todos ellos no se limitan a ese marco europeo.⁷⁷ También la implantación del IC sigue teniendo una marcada inclinación europea, si bien se

⁷³ Lorenzo Delgado Gómez-Escalonilla (2012), “La acción cultural exterior de España: trayectoria reciente y retos pendientes”, en *El discreto encanto de la cultura. Nuevas estrategias para la proyección exterior de la cultura: un enfoque práctico*, Ariel-Real Instituto Elcano, Barcelona, pp. 15-36.

⁷⁴ Fundación Interarts (2005), *Las relaciones culturales internacionales: el marco institucional en España*, DT nº 48/2005, Real Instituto Elcano, Madrid; Lorenzo Delgado Gómez-Escalonilla y Marisa Figueroa (2008), *Los compromisos internacionales de España en materia de cultura*, DT nº 4/2008, Real Instituto Elcano, Madrid.

⁷⁵ Un comentario de sus diversas iniciativas al respecto en el apartado de Cooperación Cultural y Promoción Exterior de <http://www.mecd.gob.es/cultura-mecd/areas-cultura/cooperacion.html>.

⁷⁶ Su presencia se extiende a casi 50 países (26 europeos, 16 americanos, tres africanos, dos asiáticos y dos en Oceanía), con una variada tipología de Centros docentes a su cargo. Su red de Consejerías y Oficinas de Educación se concentra sobre todo en Europa y América. Véanse el área de actividad educativa internacional en <http://www.mecd.gob.es/educacion-mecd/areas-educacion/actividad-internacional.html>, e Inmaculada Egido Gálvez y Elisa Gavari Starkie (2000), “Claves históricas de la acción educativa de España en el exterior: el ‘poder blando’ de las relaciones internacionales”, *Educación*, nº XXI/12, pp. 29-42.

⁷⁷ Véanse los apartados Investigación-Internacional en <http://www.idi.mineco.gob.es/portal/site/MICINN/> y <http://www.csic.es/web/guest/internacional>.

aprecia un incremento de su presencia en la América no hispana, África, Asia y Oriente Próximo.⁷⁸

Fuera del marco europeo, la Secretaría de Estado de Cooperación Internacional del MAEC concentra el grueso de la política cultural exterior y de cooperación –con América Latina como principal destinataria de sus iniciativas–. A ella están adscritos tanto el IC como la AECID, en cuyo seno se encuentra la Dirección General de Relaciones Culturales y Científicas –que contribuye a la gestión de programas de becas y de formación universitaria e investigación–.⁷⁹ El despliegue de la AECID muestra su prioridad por América Latina, aunque ha ganado peso la labor desarrollada en África y en menor medida en Asia y Oriente Medio.⁸⁰ EEUU es otra área con gran potencial de crecimiento, si bien se han atenuado en parte las expectativas puestas en la receptividad de las colectividades hispanas allí radicadas como interlocutores en la promoción de la lengua y la cultura en español.⁸¹ La presencia en África y Asia ha mejorado, con avances perceptibles respecto al pasado reciente pero lejos del volumen deseable dado el bajo punto de partida previo.

Paralelamente se han ido creando una serie de entidades dedicadas a la promoción internacional de la cultura de formas diversas. La Fundación Carolina (FC), establecida en el año 2000, tenía como objetivos intensificar las relaciones culturales y la cooperación educativa y científica entre España y los países de la Comunidad Iberoamericana de Naciones, así como con aquellos otros ligados por especiales vínculos históricos, culturales o geográficos.⁸² También se fundaron en los primeros años del nuevo siglo varias sociedades estatales consagradas a la

⁷⁸ En Europa existen 37 centros –algo menos de la mitad entre Alemania, Francia, Italia y Gran Bretaña–, en América 14 –ocho en Brasil y seis en EEUU–, en África 12 –con Marruecos y los países del norte del continente como ubicación preferente–, en Asia 10 y en Oriente Próximo cuatro.

www.cervantes.es/sobre_instituto_cervantes/direcciones_contacto/sedes_mundo.htm.

⁷⁹ Consuelo Femenia (2007), *Veinte años de relaciones científicas internacionales*, ARI nº 40/2007, Real Instituto Elcano, Madrid. Para más información sobre los distintos organismos dependientes del MAEC véase <http://www.exteriores.gob.es/Portal/es/PoliticaExteriorCooperacion/MarcaEsp/Paginas/ProyeccionCultural.a.spx>.

⁸⁰ En América Latina existían en 2011 20 Oficinas Técnicas de Cooperación, 32 Centros y Oficinas Culturales y cuatro Centros de Formación. África cuenta con 14 Oficinas Técnicas de Cooperación, dos Centros de Formación y dos Centros Culturales. En Asia se localizan cinco Oficinas Técnicas de Cooperación y en Oriente Medio cuatro. A los anteriores habría que agregar el Centro Cultural Español de Cooperación Iberoamericana en Miami. Esa estructura parece haberse reducido en los últimos años. <http://www.aecid.es/ES/donde-cooperamos>.

⁸¹ Esta cuestión ha dado lugar a una profusa gama de actividades compendiadas en Emilio Cassinello (2004), *España y los hispanos: un proyecto estratégico*, DT nº 63/2004; y María Jesús Criado (2005), *España y los hispanos: una relación por construir*, ARI nº 45/2005, ambos publicados por el Real Instituto Elcano. Véanse también los números monográficos sobre *Los hispanos en Estados Unidos*, publicado en *Vanguardia Dossier*, nº 13, X-XI/2004, e *Hispanos en Estados Unidos*, en *Tribuna Norteamericana*, VII/2012.

⁸² Entre sus principales programas destacan los de formación, investigación y de visitantes, además de contar con una pequeña estructura de centros en Argentina, Colombia y México, y con la Red Carolina que proporciona un espacio de información y encuentro para las personas integradas en sus programas. www.fundacioncarolina.es y www.redcarolina.net.

promoción de la cultura española bajo distintas modalidades, fusionadas en 2010 en la sociedad estatal Acción Cultural Española (AC/E), una medida dictada por razones de ahorro presupuestario que también aspiraba a “unificar criterios y mensajes, tanto interna como externamente”.⁸³

Otros centros se han ocupado de la corriente inversa, de traer a España la diversidad cultural del mundo y facilitar el conocimiento de otras realidades culturales, políticas, sociales y económicas. La institución pionera fue la Casa de América, instaurada en 1992. Durante la década siguiente se constituyeron Casa Asia (2001), Casa Árabe y Casa África (2006), y Casa Sefarad Israel (2007), cada una de ellas como consorcios públicos formados por diferentes instituciones pero siempre con la participación del MAEC. Algo distinta por su composición es la Fundación Consejo España-Estados Unidos, formada en 1997, que también incluye entre sus objetivos el fomento de los contactos educativos y culturales como vía para fortalecer los vínculos entre ambas sociedades.⁸⁴ En este último escenario se cuenta además con la Comisión Fulbright, que aporta una dilatada trayectoria de intercambio de becarios e investigadores, junto a la colaboración educativa y científica.

El panorama descrito no pretende ser exhaustivo ni abarcar a todos los actores implicados, pues otros ministerios como el de Industria, Turismo y Comercio, o Trabajo e Inmigración también han desplegado una variada gama de acciones que promocionan la cultura y la imagen de España en el exterior. A lo que habría que agregar a varias Comunidades Autónomas y Administraciones Locales que han aumentado su presencia internacional en los últimos años. Y asimismo a un conjunto de agentes de la sociedad civil –industrias culturales, universidades y centros de investigación, fundaciones, etc.–, cuya actividad refleja una participación creciente en la acción cultural exterior.

España dispone de una lengua, un patrimonio histórico-artístico y un espacio cultural amplificados por la aportación iberoamericana y su ramificación en la sociedad estadounidense, junto a un marco institucional y unas industrias culturales susceptibles de actuar como agentes propulsores. Los dividendos que genera el sector cultural son muy importantes para el país. Tiene impacto en términos empresariales y del mercado laboral, además de contribuir a proyectar una imagen exterior con efectos multiplicadores de índole política y social.⁸⁵ Así pues, se ha ganado en densidad y pluralidad, de iniciativas, actores y escenarios.

⁸³ <http://www.accioncultural.es>. Natividad Pulido (2011), “Ya es hora de que nos creamos que la cultura es un sector estratégico”, *ABC*, 30/III/2011. Ese organismo integró las competencias de la Sociedad Española de Acción Cultural en el Exterior establecida en el año 2000, la Sociedad Estatal de Exposiciones Internacionales creada en 2001 y la Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales fundada en 2002.

⁸⁴ Sobre la trayectoria de esa entidad ver el monográfico titulado *Los Foros España-Estados Unidos*, en *Tribuna Norteamericana*, X/2013.

⁸⁵ Véanse Guillermo Adams (2001), “España, una potencia en potencia”, en *España ¿potencia cultural?*, Incipe-Política Exterior-Biblioteca Nueva, Madrid, pp. 79-112; Víctor Fernández Blanco (2005), *Evolución del gasto en*

Sin embargo, hasta fecha reciente se continuaba sin creer en el potencial de la cultura como un factor estratégico de nuestras relaciones internacionales. Tal impresión se obtiene tras cotejar buena parte de los informes sobre la materia elaborados en los últimos años. El grado de coincidencia resulta notable en la identificación de algunos elementos con sensible margen de mejora, que han lastrado la actuación en este ámbito: coordinación deficiente y dispersión de esfuerzos; necesidad de cauces fluidos entre políticas culturales interiores y exteriores, y entre organismos públicos y agentes de la sociedad civil; marcada concentración geográfica en zonas sensibles de la política exterior; imprecisión del encaje entre política cultural exterior y política de cooperación al desarrollo; insuficiencia de personal especializado y de recursos junto a una asociación de la imagen de España a valores estéticos, de creatividad o diversión, más que a otros relacionados con el conocimiento y la innovación científica.⁸⁶ Todo ello podría sintetizarse en la carencia de una orientación política que vertebrase a Estado y sociedad en la definición y organización de esa acción cultural exterior.

A modo de epílogo

Desde finales de 2009 comenzaron a plantearse posibles modos de dar un nuevo empuje a esta dimensión, al tiempo que se favorecía la convergencia entre los focos de elaboración de contenidos culturales y la red de difusión internacional de los mismos. El MAEC y el entonces Ministerio de Cultura (MC) suscribieron un Convenio para el desarrollo de la Estrategia Reforzada para la Promoción de la Cultura Española en el Exterior, que suponía básicamente una declaración de intenciones.⁸⁷ En los años siguientes diversas actuaciones dieron a entender que la acción cultural exterior parecía haber ocupado un lugar de cierto relieve en la agenda pública.

Una serie de informes y reuniones de expertos trataron de detectar las fallas de un sector lastrado por la falta de coordinación entre la multiplicidad de organismos dedicados a la difusión exterior de la cultura española, a la par que pulsaron la opinión de un conjunto de agentes y actores de la cultura española sobre sus problemas y perspectivas en el plano internacional.⁸⁸ Se abrió así un debate que

política cultural exterior: una aproximación, DT nº 44/2005; Jaime Otero (2005), *Los argumentos económicos de la lengua española*, ARI nº 42/2005, y del mismo autor (2007), *Lengua y migraciones: aspectos culturales de la inmigración latinoamericana en España*, ARI nº 36/2007, todos ellos publicados por el Real Instituto Elcano, Madrid.

⁸⁶ Véanse, entre otros, Adams, "España, una potencia...", Delgado Gómez-Escalonilla, "La acción cultural exterior..."; Javier Noya (2003), *Luces y sombras de la acción cultural exterior*, 29/IV/2003, y *La Imagen Exterior de España: nuevos escenarios y viejos problemas*, DT nº 60/2009, y Alfons Martinell Sempere (2006), *Hacia una nueva política cultural exterior*, ARI nº 127/2006; estos últimos publicados por el Real Instituto Elcano.

⁸⁷ www.maec.es/es/MenuPpal/Actualidad/NotasdePrensa/Paginas/100NP20091119.aspx.

⁸⁸ Informes elaborados por el Observatorio Iberoamericano del Derecho de Autor y la Fundación Autor, y por el CIMEC (Centro de Investigación del Mercado de Entretenimiento y la Cultura) por encargo del MAEC y el MC. Véase *Informe sobre la acción cultural de España en el exterior*, Sociedad General de Autores de España, Madrid, 2010; *Estudio sobre la Promoción Cultural Exterior*, (www.aecid.es/galerias/home/descargas/E302_Estudio_sobre_promocion_cultural_exterior). Les precedió la organización a finales de 2009 del seminario sobre "Cultura y Proyección Exterior" promovido por el IC y el Real Instituto Elcano (cuyas ponencias aparecieron en el libro *El discreto encanto de la cultura...*). A esa reflexión se

tuvo como primer resultado la constitución ya apuntada de la sociedad estatal Acción Cultural Española (AC/E), y que hizo saltar el tema a los principales diarios nacionales.⁸⁹ En ese contexto, se hizo también un llamamiento a encaminarse hacia una “tercera generación de diplomacia pública”, que supusiera un salto adelante tras el avance en la creación de instituciones y canales de interlocución que se produjo en la última década del siglo XX, a la que siguió una segunda oleada en forma de entidades semi-gubernamentales y sociedades estatales creadas en la década inicial del siglo XXI.⁹⁰

En abril de 2011 se presentó el “Plan Nacional de Acción Cultural Exterior” (PACE), culminando el proceso emprendido casi un año y medio antes por el MAEC y el MC. El Plan determinaba una serie de grandes ejes de actuación, tenía vigencia bienal y establecía dos principios fundamentales: la coordinación de los agentes implicados y la preparación de estrategias regionales y sectoriales. El protagonismo en las estrategias regionales estaría a cargo del MAEC, dándose prioridad a Europa, Iberoamérica, EEUU y los países del Mediterráneo, al tiempo que se fomentaría la presencia en Asia y el África subsahariana por las expectativas que ofrecían a la lengua y la cultura españolas. Al MC le correspondería la dirección de las estrategias sectoriales que, con el concurso de las industrias culturales y creativas, se formularían en el campo audiovisual, editorial, artes escénicas, etc. El PACE exponía como objetivos generales: el reforzamiento de la “marca España” en el exterior, la promoción del español y las lenguas cooficiales del Estado –junto con el Ministerio de Educación–, la organización de eventos culturales singulares, el respaldo a la política de cultura y desarrollo con los países receptores de ayuda oficial, junto al fomento del turismo cultural.⁹¹

Para la gobernanza de esa “arquitectura institucional” se creaba el Consejo de Acción Cultural Exterior, con la misión de establecer directrices y criterios de actuación, que estaría respaldado por grupos de trabajo de carácter global y por países.⁹² El núcleo duro de todo ese entramado lo componían: MAEC, MC, IC y AC/E. Junto a esas instancias, el Real Instituto Elcano y el Foro Consultivo Cultural

sumó en el verano de 2010 un curso organizado por la AECID, el IC y el MC en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo (www.cervantes.es/sobre_instituto_cervantes/prensa/2010/noticias/curso_verano_santander.htm).

⁸⁹ Tereixa Constenla (2010), “Cultura española en el exterior, escasa y dispersa”, *El País*, 4/II/2010; Jesús García Calero (2010), “La hora de la diplomacia cultural”, *ABC*, 3/V/2010.

⁹⁰ Elvira Marco y Jaime Otero (2010), “La transformación de la diplomacia cultural española”, *Política Exterior*, XXIV/134, II-IV/2010, pp. 155-164, y de los mismos autores (2010), *Colaboración público-privada en la acción cultural exterior*, DT nº 3/2010, Real Instituto Elcano, Madrid.

⁹¹ www.aecid.es/galerias/home/descargas/PlanNacAccCult_A4.pdf.

⁹² Ese Consejo estaba presidido por los titulares del MAEC y el MC y dotado de una Secretaría Permanente. Un Grupo de Trabajo de Acción Cultural Exterior, compuesto por miembros de todos los organismos del Estado con competencias en la materia, asumía las funciones de confeccionar el PACE, supervisar su seguimiento y realizar un intercambio constante de información. La estructura se completaba con los denominados Grupo de Trabajo País, encargados de actuar sobre el terreno en cada una de las embajadas españolas.

Exterior aportarían asesoría externa y un cauce de diálogo con las empresas, fundaciones y asociaciones más representativas del sector.

El PACE pretendía racionalizar la acción cultural de España en el extranjero acometida por los organismos públicos, a la par que aunar esfuerzos con las industrias culturales y promover una mayor implicación de la sociedad civil, todo lo cual redundaría en potenciar el llamado “poder blando” como un pilar de la presencia internacional española. Como horizonte de tales actuaciones se vislumbraba la aspiración de que existiese “una sola voz, una sola estrategia para la difusión de la cultura española en el mundo”.⁹³ Se contaba pues a partir de entonces con un marco de referencia que, al menos sobre el papel, trataba de fomentar la coordinación y el diseño de objetivos conjuntos y estrategias coherentes. Pero obviamente, para lograr esos objetivos había que ir más allá de la faceta normativa, remover inercias de diferentes organismos, públicos y privados, preocupados por sus espacios de influencia y sus resultados políticos o económicos inmediatos, antes que por un beneficio colectivo a medio plazo.

En ese escenario, para no correr el riesgo de tomar decisiones precipitadas fruto de apreciaciones superficiales, habría sido deseable disponer de mayor información y capacidad de análisis que la existente hasta el momento. No habría estado de más una suerte de *Libro Blanco de la Acción Cultural Exterior*, que ayudase a detectar con mayor claridad los terrenos de convergencia y las disfunciones, además de proporcionar un repertorio del conjunto de actores que intervienen en este ámbito y sus iniciativas de diferente índole. Igualmente habría servido para conocer las pasarelas ya existentes entre varias instituciones, en forma de acuerdos concretos de colaboración, que podrían aportar futuras pautas de conducta. Ese trabajo habría debido englobar todos los circuitos de creación y difusión que intervienen en la acción cultural exterior –incorporando pues la educación y la investigación–.⁹⁴ Por otro lado, también se echaba en falta la configuración de un circuito formativo equivalente al existente para la cooperación al desarrollo o la formación de profesores de español, que permitiese una mayor circulación de personal y conocimiento experto paliando así las carencias detectadas en nuestro país en lo relativo a la dimensión internacional.⁹⁵ Tal circuito habría de determinar donde estaban las capacidades (universidades, centros de investigación, empresas) y cómo organizarlas de manera eficiente.⁹⁶

⁹³ Tereixa Constenla (2011), “Una sola voz hacia el mundo”, *El País*, 7/IV/2011.

⁹⁴ La recopilación de una información lo más completa posible sobre las instituciones y agentes que se dan cita en este ámbito, públicos y privados, podría haberse aprovechado también para diseñar una herramienta ágil de consulta sobre la creación cultural interna y su proyección internacional, para lo cual se partía de la experiencia acumulada por el CVC y el Portal del Hispanismo.

⁹⁵ Áurea Moltó y Cristina Manzano (2011), “España busca análisis y debate internacional”, *Política Exterior*, nº 141 (V-VI/2011), pp. 102-112.

⁹⁶ Medios diplomáticos, gestores culturales, emprendedores y creadores, entre otros, serían sujetos potenciales a los que dirigir una formación sólida y especializada, que les permitiera desenvolverse con mayores garantías en un entorno cada vez más globalizado y competitivo.

Las elecciones generales de noviembre de 2011 dieron lugar a un cambio político que, junto a la gravedad de la crisis económica que ha sacudido al país y condicionado las prioridades gubernamentales, han vuelto a incidir sobre el rumbo a seguir en la acción cultural exterior y la diplomacia pública española. Resulta prematuro sacar conclusiones al respecto, si bien permanece en el aire la cuestión de si se ha logrado “articular lo diverso” para dar sentido y cohesión al *puzzle* que ha constituido a lo largo de un siglo la acción cultural exterior de España. Los retos pendientes demandan un sistema basado en la complementariedad y el conocimiento, con respeto a la pluralidad de iniciativas pero más integrado y menos disperso que el actual, lo que propiciaría un salto adelante en este terreno. Se trataría de construir un modelo más cooperativo entre las instancias oficiales, industrias culturales, universidades, centros de investigación, museos, bibliotecas, fundaciones, etc., en un horizonte cuyas coordenadas gravitarán sobre la combinación de intercambio, internacionalización e innovación.

Precisamente en estos momentos de crisis no deberían regatearse esfuerzos para poner en valor ese activo colectivo que es la cultura, compartida por tantos millones de personas en el planeta. Un factor esencial para reforzar las aspiraciones internacionales del país. Un componente básico de su imagen exterior con implicaciones económicas directas. Un pilar de cualquier estrategia de diplomacia pública.⁹⁷ Mientras tanto el tiempo pasa y no tiene por qué hacerlo inevitablemente de forma favorable.



Príncipe de Vergara, 51
28006 Madrid (Spain)
www.realinstitutoelcano.org
www.blog.rielcano.org



⁹⁷ Javier Noya (2006), *Una diplomacia pública para España*, DT nº 11/2006, Real Instituto Elcano, Madrid, y del mismo autor (2007), *Diplomacia pública para el siglo XXI*, Ariel, Barcelona.